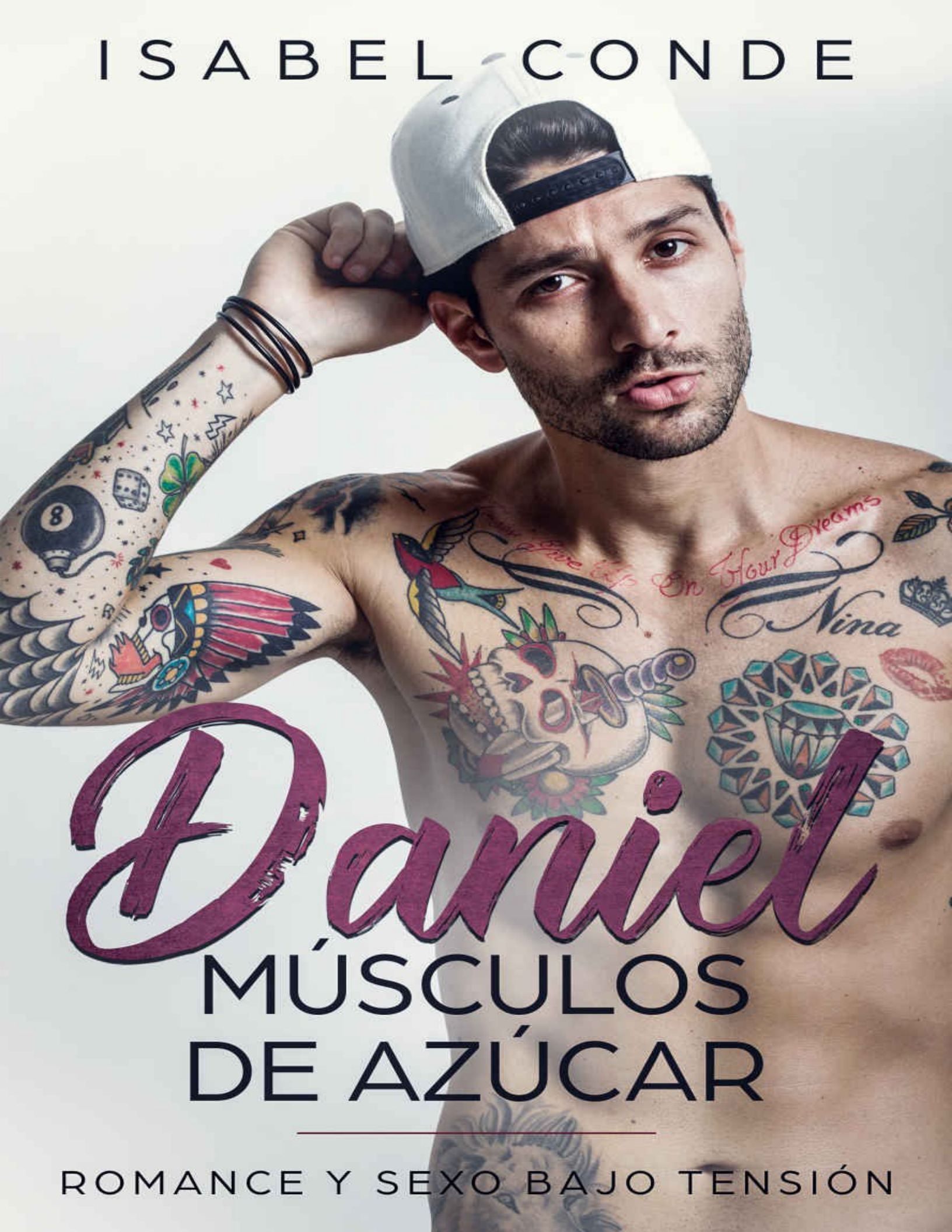


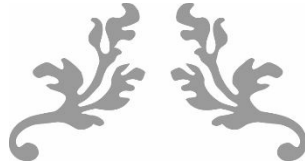
ISABEL CONDE



Daniel

MÚSCULOS
DE AZÚCAR

ROMANCE Y SEXO BAJO TENSIÓN



DANIEL, MÚSCULOS DE AZÚCAR

Romance y Sexo Bajo Tensión



Por Isabel Conde

© Isabel Conde 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Isabel Conde.

Primera Edición.

Dedicado a;

Laura, por haberme motivado a escribir.

Belén, por enseñarme lo que es amar.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [**Haz click Aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

—Vamos, ¡Así, así! —Exclamó Daniel, casi gritando.

—¡AHH! —Fue lo único que alcancé a decir.

—¡Más rápido! —Continuó, cada vez con más energía.

—¡Es muy grande! ¡Me duele! —Me quejé, pero continué, lo estaba disfrutando.

—Un poco más, lo estás haciendo muy bien. ¡Vamos! —Me animo a seguir, parecía disfrutarlo.

—¿De verdad lo crees? —Dije, cada vez con mayores dificultades para bajar, pero decidida.

—¡Eso, un poco más, aguanta! —Me animó a seguir, con más energía.

—No puedo más ¡Ah! —Grité y solté la pesa.

Tengo mucha fuerza en mis piernas, probablemente porque, en mi adolescencia, jugué fútbol por varios años. Pero hoy Daniel ha venido un poco sadomasoquista, y me ha hecho hacer cien sentadillas con mucho más peso del que estoy acostumbrada.

Fue muy difícil, pero, eso sí, haber podido terminar se sintió muy bien, le he demostrado a Daniel que si puedo. «Aunque mejor se habría sentido estar con Daniel en una cama. O en el suelo. no soy exigente», me dejé llevar, hasta que Daniel me habló.

—¡Eres una máquina, Lana! —Me dijo Daniel, levantando las palmas para chocar las manos.

—Hoy has venido con ganas de hacerme sufrir, ¿Verdad? —Le dije, chocando las dos manos con Daniel.

—No le digas a las demás, pero eres mi alumna más fuerte. —Me dijo Daniel, con expresión de orgullo.

No pude decir nada, probablemente me sonroje y sentí un vacío en el estómago, y me cubrí la cara con la toalla, fingiendo que me secaba. Daniel me pidió disculpas porque tendría que irse. Me dijo que me estirase bien, y que no hiciera más esfuerzo en las piernas. Se despidió con la mano y a los pocos minutos salí del gimnasio.

Salí al estacionamiento del *gym*, apenas comenzaba a oscurecer. Siempre llego al gimnasio temprano, apenas salgo del trabajo. Es lo más saludable que puedo hacer tras ocho horas al día diseñando páginas *web*. Me encanta el curro, pero más me encanta mi entrador.

Entre a mi coche rosado de dos puertas, con los vidrios muy oscuros. Encendí el coche, pero cuando me disponía a arrancar, recordé las palabras de Daniel, diciéndome que soy su alumna más fuerte.

Presioné mis dos piernas juntas y pude sentir mi coño húmedo. Aproveché mis vidrios oscuros, me levanté mis *leggings* y mis bragas, metí mi mano, y pude comprobar que estaba húmeda. Era lo mismo cada tarde desde el primer día que comencé a entrenar con Daniel.

Me dije a mi misma que no haría ninguna idiotez, pero entre tocando lo que Daniel me había producido, y pensar en sus enormes brazos, y sus piernas, delgadas, pero muy marcadas, comencé a darme placer.

Cogí el móvil y busqué mi galería con imágenes de Daniel que había ido recolectando a través de los meses. Las cogía de las redes sociales, un par de sesiones donde había sido modelo, y una que otra foto que le había tomado sin que se diera cuenta. Que me gusta un poco más de lo normal, ¿Vale?

Mi galería estaba bien organizada, y la carpeta con fotos de Daniel estaba organizada como nada en mi vida lo estaba. Con ropa casual, ropa deportiva, poca ropa. Tenía ganas de ver tanto de él como fuera posible, así que me decidí por *poca ropa*. Este álbum estaba compuesto por fotos que había conseguido en sus redes, y la de amigos cercanos, en la playa, en la piscina. Vaya, lo normal.

Me succione los dedos un poco, estaba completamente empapada, no había ninguna necesidad de saliva. Recliné el asiento del conductor, me bajé completamente los *leggings* y las bragas hasta los tobillos, y comencé a meter y sacar mis dedos con más velocidad.

Comenzaba a retorcerme, y recorría una y otra vez las fotos de Daniel, haciendo *zoom* en algunas para resaltar algunos detalles que me ponían a *cien mil*. En una de las fotos, parecía que la tenía un poco dura, y se le marcaba un buen bulto, el cual me imagino entrando y saliendo, en lugar de mis dedos.

A los pocos minutos no pude más. Me corrí mientras me retorció, y grité de satisfacción. Luego, permanecí acostada unos momentos sobre el asiento, y me

miré la mano con la que me había masturbado.

—Hola, ¿Hay alguien allí? —Escuché que preguntaba una voz masculina, dando golpecitos a los vidrios oscuros.

«Joder, ¿Qué coño estoy haciendo?», me dije a mi misma, apresurándome en subirme los *leggings* y arreglar el asiento. Encendí el aire acondicionado y lo puse al máximo, rocié un poco de aromatizante que tenía y bajé el vidrio.

—Buenas noches jovencita. ¿Sucede algo? —Me preguntó un ancianito, sonriendo.

Era el vigilante del *gym*. Un señor de edad avanzada. Estaba duro, y tenía muy bien sus sentidos, excepto por la visión. Usaba unos lentes con cristales enormes, y aun así, podía notar su dificultad para diferenciar mi rostro.

—Hola, señor Alfonso. No sucede nada, ¿Por qué? —Le dije, sonriendo.

—¡Lanita! Qué bueno saber de ti, lo siento, no te distinguía. —Me dijo, y tomo sus lentes con sus dedos índice y pulgar, como si intentara ajustar el *zoom* de sus gafas—. He escuchado un grito, y creo que venía de aquí.

Al escucharlo decir eso, me puse de todos los colores, sentí un frío corriéndome por el estómago y miré a otra parte. Por suerte, no parecía haber nadie más en el estacionamiento, por lo que solo el señor Alfonso me había escuchado, y probablemente no representaría mayores problemas.

—Oh, no ha sido nada. —Dije, riendo muy nerviosa—. Creía haber visto una cucaracha. Tengo una gran fobia por ellas, ¿Sabe? Ni siquiera pude terminar de leer *La Metamorfosis*. —Le dije al señor Alfonso, tratando de disimular.

—¡Ah, *La Metamorfosis*! Claro. ¿Cuál era ese? —Me preguntó el señor Alfonso, sonriéndose y rascándose la cabeza, como disculpándose.

Me reí honestamente, y pude sentir como me aliviaba al comprobar que el señor Alfonso estaba conforme con mi explicación, no le diría a nadie que estaba haciendo algo de ejercicio extra en mi coche.

—Vale, cuídese Lanita. Vuelva pronto. —Me dijo el señor Alfonso, con un tono dulce y paternal. Y me tendió su mano para despedirse.

Sin pensarlo dos veces, le estreché su mano con la mía, pero, inmediatamente noté que le había dado la misma mano que hace un minuto

había hecho el papel de la polla de Daniel. De nuevo sentí el frío en mi cuerpo, y me puse de todos los colores.

Solté inmediatamente, pero con cuidado, solté mi mano de la suya. El comenzó a cerrar su mano, y frotarse la palma con sus dedos, como tratando de reconocer el fluido que le había transferido. Estaba que me moría.

—Qué vergüenza, señor Alfonso. Lo he llenado de mi gel antibacterial. Creo que se ha dañado o algo. —Le dije, sin apenas poder respirar.

—Estas invenciones modernas. —Dijo el señor Alfonso, sonriente—. Para la próxima, no lo deje tanto tiempo expuesto al sol. —Me recomendó, y se alejó de mi coche, esparciéndose el *antibacterial* entre sus manos, satisfecho.

Pensé que el corazón se me saldría. Subí los vidrios y pisé el acelerador de inmediato, para finalmente desaparecer de ese lugar. Solo esperaba que el señor Alfonso no quisiera revelar la nueva fragancia de sus manos.

Cuando ya había recorrido algunos metros, me calmé de nuevo, y el imaginar la escena comenzó a parecerme más y más divertido. «Pobre señor Alfonso, es realmente adorable», me dije a mi misma, sonriendo.

Pero, unos pocos metros después, finalmente tuve tiempo para pensar en lo que había hecho antes llamar la atención del señor Alfonso. «Joder, vaya orgasmo he tenido», pensé, satisfecha, pero también comencé a sentirme un poco culpable.

Desde que conocí a Daniel, me masturbo casi a diario. Cada vez que lo veo, mis bragas quedan muy húmedas. Sin embargo, era la primera vez que sentía la necesidad de hacerlo en el coche.

Desde la segunda semana de entrenar con Daniel, he tenido muy claro que estoy loca por él. Primero pensé que era un poco una fantasía, sabes, la chica gordita, pero fuerte, que folla salvajemente con su *personal trainer* los fines de semana. Es casi como *Pretty Woman*, pero un poco lo contrario.

Pero la verdad es que es una gran persona. Me trata bien, y no creo que sea solo porque es mi entrenador, y tendría que tratarme bien. En verdad es encantador. Tiene 26 años, yo tengo 27, pero él se ve un poco mayor que yo.

A pesar de que tengo un cuerpo con un poco más volumen de lo esperado en un “cuerpo perfecto”, hace mucho que no me acomplejo por ello. La verdad es

que me gusta cómo me veo, y más de una vez me han llamado *gordibuena*. No sé si debería ofenderme, a mí me va bien.

Más de una vez he visto como se babeaban por mí o me miran el culo, o las tetas en el gimnasio. No hay que confundirse, tengo más curvas, más carne, pero estoy en muy buena forma. La naturaleza me dio este cuerpo, y estoy más que feliz de ello.

Sin embargo, nunca he cogido a Daniel viéndome más de la cuenta, mirándome el culo, ¡Ni siquiera ha intentado abusar un poco del hecho de ser mi entrenador para tocar un poco las piernas! Joder, no sé qué sucede. Si es que no me ofendería para nada, al contrario, lo estoy deseando.

Siempre que salgo del gimnasio, me siento un poco vacía. Adoro entrenar, y me encanta ver el esfuerzo pagar cada vez que me miro al espejo. Pero, tengo otras cosas en mi vida que también me llenan mucho. Obviamente, el “problema” es mi entrenador. No es que él sea el problema, sino, yo, con él... O algo así.

Así que usualmente termino dando algunas vueltas, escucho música en el coche, veo a la gente pasar, trato de olvidarme de los músculos de azúcar de Daniel, el postre que aún no he podido tener. Sin embargo, después del “incidente” en el estacionamiento, me apetecía irme de inmediato a casa, pero me llamó mi mejor amigo.

—¡Lana! ¿Cómo estás? ¿Puedes venir a mi casa? Tengo algunas dudas con la página de nuestro cliente. —Me dijo Andrés.

—¡Hola Andrés! Estoy bien, acabo de salir del gimnasio, he entrenado como si no hubiera mañana. —Le dije, y comencé a pensar en lo que había sucedido en el estacionamiento, pero volví rápidamente—. Vale, deja que me dé una ducha e iré. —Le dije a Andrés.

—¿No podrías venir ahora? —Me preguntó Andrés, con voz casi de súplica.

—Pero, he hecho ejercicio, no estoy lo que se dice muy presentable. —Le expliqué. No es que me importase salir así, simplemente me apetecía ducharme primero.

—Que cosas dices Lanita. Que siempre estás muy guapa. —Me dijo Andrés, con voz dulce, y luego pareció arrepentirse—. ¿Vendrás ya?

—Gracias Andrés. —Le dije, complacida—. Vale, estaré allí en menos de

diez minutos. —Le dije y colgué.

Andrés ha sido mi mejor amigo desde la universidad. Los dos empezamos a estudiar a los 18 años, él estudiaba computación, y yo, diseño gráfico. Pero teníamos algunas clases en común, y terminamos haciendo algunas tareas juntos, y finalmente nos hicimos los mejores amigos, además de socios.

Todo el mundo está necesitando una página de Internet estos días, así que, en lugar de trabajar como diseñadora gráfica, preferí irme hacia el diseño *web*. Es un poco lo mismo, solo que con diferentes propósitos.

Andrés siempre ha sido para mí un poco como un científico loco. Todo en su casa es automático, tiene robots y chips en todos sus aparatos. Faltara poco para que no tenga ni que comer por su cuenta. Pero, en cuestiones de curro, prefiere hacer las páginas.

Yo si tengo mi trabajo fijo, me va bien, me gusta. Andrés trabaja solo desde su casa. Eso sí, lo que tiene de genio para los ordenadores, le falta un poco para la estética. Así que usualmente unimos nuestros conocimientos, y la verdad es que, para ser tan jóvenes, nos va más que bien, económicamente.

Pero en el amor... Allí sí que somos desastrosos, tal vez por eso trabajamos tan bien. Yo, ahora mismo, estoy completamente loca por Daniel, a veces siento que terminaré secuestrándolo. Mientras que Andrés, vaya, creo que Andrés está loco por mí.

Después de nueve minutos de haber colgado la llamada, llegué a la casa de Andrés. Era una casa muy guay, pequeña, pero había podido comprarla gracias a sus conocimientos de ordenador. El tío es un genio, y la verdad es que tampoco está nada mal de cara, es lindo. Eso sí, no es el mejor hablando, excepto si es conmigo, o si habla de ordenadores.

Dejé el coche frente a su casa, me aseguré de tener los *leggings* bien puestos, para que no ocurrieran más sorpresas, me lavé las manos con el resto de mi agua del gimnasio, aunque no dejaban de oler a sexo, y puse mi dedo pulgar en un pequeño dispositivo pegado a la pared, al lado de la puerta.

—Lana, la más guapa. —Escuché que decía una voz artificial.

Era una de las locuras geniales de Andrés, y, lamentablemente, una de sus formas de coquetearme “indirectamente”. Me ha dicho que es un “sistema

biométrico”, y que ha sido fácil hacerlo. Su timbre es un capta huella, y por supuesto, estoy registrada. Probablemente sea la única, y aprovechó de ponerme un lindo nombre de usuario.

La puerta se abrió, también automáticamente, y sabía que lo encontraría en su oficina. Pasé primero por el baño, y me limpié bien las manos del *antibacterial*. Luego me dirigí a su oficina.

—*Toc toc*. —Le dije a Andrés, tomando asiento a su lado.

—¿Quién es? —Me respondió, sonriendo, sin quitar la mirada del monitor, ni sus manos del teclado.

—La Lana. —Le respondí, con una risita.

Andrés terminó de escribir, en la pantalla había un montón de letras y palabras en inglés, algunas resaltadas con colores, y números al inicio de cada línea. Estaba programando, como siempre. Yo también lo hacía un poco, pero nada demasiado complejo, solo para probar mis diseños.

Cuando volteó a verme, su sonrisa creció, y en cuestión de segundos me examinó completamente. En ese momento, entendí que tal vez simplemente quería verme con ropa deportiva. «Todos podemos tener alguna fantasía», pensé.

—¡Pero si es Lanita, la más bonita! —Dijo Andrés, refiriéndose a mí.

Se puso de pie y abrió sus brazos para darme un abrazo. Me avergonzaba un poco abrazarlo estando sudada, pero en realidad olía bien, y sabía que Andrés no le importaba ni un poco, así que respondí a su abrazo, con cariño.

—¿Qué has pensado para nuestro cliente? ¿Pudiste implementar la animación que te dije? —Le pregunté, acercándome más al ordenador.

—Me ha tomado un rato, pero ya está hecho. Es solo que no la siento muy natural, no lo sé. Pero sabes que tampoco soy el más visual, por eso quería tu opinión. —Me dijo Andrés, alternando su vista entre el monitor y yo.

Me acerqué más al monitor, y no me quedó de otra que pasar uno de mis brazos a un lado de la cabeza de Andrés, lo que hizo parecer que lo estuviera rodeando con mis brazos, con cariño. Andrés no dejaba de mirarme a la cara.

—Hueles muy bien. —Me dijo, y desvió su mirada al ordenador.

—¿De verdad lo crees? —Le pregunté, avergonzándome un poco.

—¡Por supuesto! Además, te ves muy guapa con ropa deportiva. Que bueno que vinieras así. —Me dijo, mirándome a los ojos, que a su vez veían la pantalla.

—Que amable Andrés. Gracias. —Le dije, sonriendo, sin quitar los ojos del ordenador.

Me encantaba estar con Andrés, no solo trabajar con él, que ya era una enorme ventaja, con todo lo que sabía hacer. Sino porque es mi mejor amigo, puedo contarle cosas, y aunque no sea el mejor conversador, conmigo siempre se siente en confianza, y tiene una percepción interesante sobre las cosas, no es demasiado crédulo, ni demasiado escéptico.

Sin embargo, desde hace algunos meses, su cariño hacia mi parecía haber cambiado. Antes era dulce, pero, como un hermano. Ahora mismo, puede sentir algo más cercano al deseo. No es que eso me moleste, la verdad es que, cuanto menos, me halaga. Pero, no estoy interesada, no quiero perder nuestra amistad, y Daniel ha llenado todos los espacios en mí, vale, casi todos, hay un par que me encantaría que llenase aún.

Me apresuré a buscar la sección del sitio donde Andrés había implementado la animación que yo había diseñado. Cuando la encontré, la probé varias veces, cambiando el tamaño de la ventana, refrescando la página; hasta que tuve una opinión clara.

—¡Vaya! Está quedando increíble. —Le dije, sinceramente admirada—. Pero tus ojitos no han fallado. Hay algo que definitivamente no anda muy bien. —Admití.

—Creo que empiezo a ver estos detalles mejor. —Dijo Andrés, con entusiasmo—. Sin embargo, no puedo identificar qué es lo que no anda bien con la animación.

Refresqué el navegador algunas veces más, modifiqué algunas cosas, y finalmente la animación comenzó a lucir mucho mejor. Andrés parecía fascinado, y yo estaba satisfecha.

—Ya veo. —Dijo Andrés, como para sí mismo, mientras veíamos una vez más el resultado—. Ese es el problema, puedo identificar si algo no está yendo

muy bien, visualmente, pero no tengo mucha idea de cómo solucionarlo.

—Venga, ¡Para eso somos un equipo! —Le dije, animada.

—El mejor. —Me respondió, sonriendo—. Es que me parece realmente fascinante. Identificar en qué punto de la animación se debería hacer cada cosa. Es realmente impresionante. —Me dijo Andrés.

—Es cuestión de ver. De observar, habrían dicho mis profesores en la *uni*. Es cierto que nací viendo “mejor” que otras personas. Pero, es cuestión de práctica. —Le dije, como consolándolo. Aunque sabía bien que Andrés sabía esto de sobra.

Me acomodé en la silla, y dejé mi mano derecha apoyada sobre el escritorio. Andrés no apartaba su vista de mí, parecía especialmente encantado conmigo hoy, hasta que, en un momento, descansó su mano sobre la mía, y miró a otro lado.

Sentía su mano reposando sobre la mía, pero no sabía qué hacer. No es que me disgustase en absoluto tener contacto con Andrés, a quien adoro. Pero, sabía que su intención no era simplemente amistosa o fraternal, sino que quería dar *el siguiente paso*.

Permanecimos un rato así, cada uno mirando a otro lado. Pronto comencé a sentir su pulgar acariciar la parte de arriba de mi mano. Andrés era muy dulce, se sentía bien, pero sabía que no podíamos permanecer más tiempo así.

—Lana... —Me dijo Andrés finalmente, mirándome, mientras continuaba acariciándome la mano.

—Andrés... —Le respondí, tratando de parecer tranquila y divertida, pero muy nerviosa.

—¿Te ha pasado alguna vez que estás sola, en tu habitación o algo, y luego comienzas a pensar en alguien, y, tu cuerpo comienza a reaccionar diferente?

—Me preguntó Andrés, volteando la mirada de nuevo, y pude notar como se enrojecía.

—¿Reaccionar diferente? ¿A qué te refieres? —Le pregunté, confundida, pero temiendo que se refiera a lo que esperaba.

—Ya sabes, que se te ponga dura, para los hombres. —Dijo Andrés,

visiblemente muriendo de vergüenza.

—¿Ponerse cachonda pensando en alguien? —Pregunté, casi alarmada.

—¡Lo siento! No quería ser vulgar, es que, joder. —Me dijo, tratando de solucionar la situación.

—¡No, no! No pasa nada, no es eso. Joder Andrés, sabes que no me afectan esos temas. ¡Todo lo contrario! —Me apresuré en decir, para que se sintiera mejor.

—Es cierto. —Dijo Andrés, riendo, aún nervioso, pero más tranquilo—. Es que, estos días me pasa mucho. Pero, siento que no está bien.

—¡Ahhhh! —Exclamé, tratando de sonar divertida, aunque sabía cómo terminaría todo—. ¿Por qué no estaría bien? —Le pregunté, y desvié la mirada, nerviosa.

—Desde hace algunos meses, me pones a mil, Lana. —Me dijo Andrés, estrechando la mano que acariciaba, y sonando repentinamente decidido—. Estoy loco por ti. A veces me estoy duchando, y te recuerdo, tus piernas, tu cara hermosa. O esa vez que fuimos a la playa, joder, no sabía cómo cubrirme la erección. —Me confesó Andrés, exaltado.

—¡Andrés Joaquín! ¿Qué estás diciendo? —Le respondí, más nerviosa que ofendida, mientras me ponía de pie.

—¡Perdona Lana! Por favor, es que, no puedo evitarlo joder. Estás muy buena, pero, no es solo eso ¿Vale? Me gustas mucho. Desde que terminé con Laura, de hecho, antes de terminar con ella, solo pensaba en ti. Románticamente, sexualmente, joder, estoy loco por ti. —Me dijo, desesperado, y casi pensé que rompería a llorar.

En este punto no sabía que decir. Un par de años me había gustado muchísimo Andrés, pero para entonces, apenas comenzaba a salir con Laura, su exnovia, con quien terminó hace casi cuatro meses. Pero pronto, decidí que sería mejor olvidar esto, y desde entonces, de alguna forma me sentí incapaz de volver a sentir algo romántico por él.

—Pero, ¡Andrés! ¿Por qué ahora? —Le pregunté, comenzando a enojarme.

—¡No lo sé! ¿Qué importancia tiene? —Me respondió, con mucha seguridad—. No puedo dejar de pensar en ti. Y estás cada vez más guapa, eres una

diosa. —Me dijo, y se acercó un poco más.

—Andrés... Eres muy dulce. —Le dije, sonriendo y tranquilizándome—. Pero, si tiene importancia. Yo... Ahora mismo no siento que sea el momento.

—¿Te gusta alguien más? —Me preguntó, con expresión de desolación.

No sabía cómo responder a eso. Hasta ahora, Daniel me ha gustado especialmente de una forma sexual. Esos músculos dulces me han mantenido húmeda por meses. Pero, también era muy dulce, cada vez que me trata tan bien, quisiera que fuera mi novio. Me gustaba, aunque no lo conociera del todo.

—Es más complicado que eso. —Dije, mirando al suelo.

—Joder. ¿Complicado cómo? ¿Es alguien casado, verdad? ¿Te has enamorado de una mujer hetero? —Me preguntó con mucha seriedad.

—Andrés, a mi lo que me gusta es la polla. —Le dije, y solté una risita.

—Pero no la mía, ¿Verdad? —Me preguntó, de nuevo con esa expresión de desolación en su rostro.

—¡Joder Andrés! Te digo que es un poco complicado. No estoy muy segura de lo que siento, y para ser justa, él no parece ni notarlo.

Pude ver como el rostro de Andrés se tornaba en sufrimiento. Me sabía mal lastimarlo. Y, una parte de mí se sentía más que halagada por los sentimientos de Andrés. Además, los dos estábamos echando fuego allí abajo, no estaría nada mal extinguirlo entre los dos. Siempre es mejor que follar con extraños. Pero una parte de mí también sentía que debía serle “fiel” a Daniel.

—Ah, él. Es un tío. —Dijo, y esto pareció afectarlo aún más.

—Bueno, sí. Sabes que soy hetero, tú también lo eres. —Le dije, casi como si me disculpara.

—La sexualidad no es el punto. Es que, ¿Por qué otro tío, pero no yo? —Me preguntó, mirándome a los ojos.

—Tu eres un tío muy muy guapo, y para ser justos, me gustaste bastante cuando comenzabas a salir con Laura. —Me atreví a confesarle, tratando de aliviar la situación.

El rostro de Andrés pareció iluminarse tras escuchar mi confesión.

Pero pronto volvió a perder el brillo. Con miedo, buscó tomar mis manos, y lo deje hacerlo, no quería ser ruda.

—Creo que me has gustado siempre. La verdad es que creo que nos hemos gustado desde siempre, y que hemos perdido todo este tiempo de no estar juntos. —Me dijo, con repentina esperanza.

—No es tan fácil Andrés, y no creo que hayamos perdido nuestro tiempo, la amistad no es una pérdida de tiempo, ¿No lo crees? —Le dije, nerviosa.

—¡No, por supuesto que no lo es! Eres lo mejor que me ha pasado. Es solo que... —Dijo, pero no parecía poder continuar.

—¿Qué sucede? —Le pregunté, sin perder la paciencia.

—¿Recuerdas cuando fuimos a aquella fiesta y nos emborrachamos? Te quedaste en vieja casa, cuando aún pagaba la renta en el departamento. —Me dijo, poniéndose rojo.

—Andrés... Lo recuerdo. —Le respondí, y estoy segura de que también comencé a sonrojarme.

—Esa noche no sabíamos ni como nos llamábamos. Nos acostamos en mi cama, te rodee con los brazos, nos besamos. Hicimos el amor. Un amor muy ebrio, pero, el amor después de todo. —Me dijo, con voz serena, casi seductora, entrelazando sus dedos con los míos.

Esto había ocurrido hace dos años. Habíamos ido a una fiesta de nuestros amigos de la facultad de medicina. Me sorprendió lo salvajes que podían ser los estudiantes de medicina cuando se trataba de fiestas. Bebimos como si no hubiera mañana, bailamos un montón, y ni siquiera sabemos cómo, pero alguien nos dejó en su antiguo departamento.

No podía recordar mucho, la verdad es que no recuerdo como se veía Andrés desnudo. Pero algo es cierto, esa noche, a pesar de estar tan ebrios, no follamos, Andrés estaba en lo cierto, hicimos el amor. Fue algo dulce, paciente. La verdad es que casi lo había olvidado, pensé que era lo mejor; aún creo que lo es.

—Pensaba que lo habías olvidado. —Mentí, mirando hacia nuestras manos—. ¿Recuerdas cuando despertamos? Eran como las dos de la tarde, nuestra ropa estaba regada por toda la pequeña habitación. —Recordé, riendo, pero muy avergonzada.

—¿Olvidarlo? Lo recuerdo absolutamente todo. Y por supuesto, no puedo olvidar tu belleza, un cuerpo como ninguno. Y tu dulzura. —Dijo Andrés, acercándose poco a poco—. También recuerdo esa mañana. Nos despertamos al mismo tiempo, nos vestimos, te fuiste, y no hablamos durante dos semanas. Fueron las dos semanas más dolorosas de mi vida. —Dijo, con expresión de mucha tristeza.

—¿De verdad? —Le pregunte, acercándome más, acariciando sus manos entrelazadas a las mías.

Mi pregunta fue solo una pantalla. También para mí estas dos semanas se sintieron como algunas de las más dolorosas de mi vida. Estaba muy confundida, lloré muchísimo, no quería hacer nada. Tenía mucho miedo de perder a mi amigo, y sentía que habíamos hecho algo terrible. Éramos más jóvenes, y un poco más cursis.

—Las peores, Lanita. —Me dijo, acercándose hasta casi juntar su nariz con la mía.

—*Um*. —Fue lo único que alcancé a decir, con un tono de inocencia.

Lo siguiente era inevitable. Andrés me soltó las manos, y me tomo de la cadera, suavemente, pero decidido. Cuando sentí sus manos, me paralicé de inmediato, cerré los ojos con fuerza, y apreté mis labios.

Andrés acercó sus labios a los míos, presionados con fuerza, y me besó con pasión, sin quitar sus manos. Su beso duró varios segundos, y fue dulce, fue un buen beso. Con mucho dolor, y resistiéndome, no lo respondí. Permanecí inmóvil, disfrutando lo que tenía para ofrecerme, sin poder aceptarlo del todo.

Cuando separó sus labios de los míos, los dos abrimos nuestros ojos lentamente, y finalmente relajé mis labios. Andrés parecía satisfecho, pero conforme abría sus ojos, su expresión comenzaba a cambiar a una de decepción que me destrozó. No quería rechazarlo.

—Perdóname, Andrés. —Le dije, y quise llorar en ese momento.

—No hay por qué pedir perdón. En tal caso, perdóname tu a mí. —Me dijo, con una sonrisa avergonzada.

—Lo mismo digo. —Le dije, y solté mis manos de las suyas, para acariciarle su rostro.

Le hice cariño en su cabello, largo y enrulado, que siempre me había gustado. Fue un gesto completamente inocente, completamente puro. No había nada de romance en él, solo cariño, y los dos lo sabíamos bien.

—Estoy loco por ti, Lanita. Nuestras mentes lo sabían bien cuando nos emborrachamos. Fue nuestro subconsciente manifestándose, reclamando lo que sentimos. —Dijo, repentinamente inspirado.

Me encantaba escucharlo hablar de esta manera. Andrés es un tío muy inteligente, y a diferencia de otros *genios* de las computadoras, sabía de muchas otras cosas. No era el mejor con las palabras, pero, entre la emoción del momento, y su conocimiento, a veces decía cosas como esta.

—Andrés, mírame. —Le dije, tomando su rostro con mis dos manos y mirándolo fijamente.

—Vale. —Dijo, casi asustado.

Permanecí mirándolo por un rato, tratando de decirle con mis ojos qué, aunque aún sentía mucho por él, hace poco más de una hora me había masturbado en el coche por mi entrenador. Estas cosas no se dicen, pero, el punto es que no quería lastimarlo. De alguna manera, en el fondo siempre he sabido que es “el indicado”, pero no quiero lastimarlo. Daniel me va a hacer mojarme lo mismo mañana, eso ya lo tenía claro.

Sin embargo, con la emoción del momento, mi creciente frustración sexual, el beso de Andrés que no había correspondido, y el deseo y el amor que Andrés sentía por mí; no pude hacer menos que besarlo. Un beso corto, pero fuerte. De esos que uno simplemente no puede evitar. Duró unos cinco segundos, y me sentí fatal tras dárselo.

Por otro lado, Andrés parecía encantado. La expresión de su rostro cambió de dolor a felicidad, de la más pura, en un santiamén. Mientras que la mía, probablemente, adquirió todo el dolor que Andrés demostraba cinco segundos antes de besarlo.

—Casi pude escuchar los fuegos artificiales. —Me dijo, con una expresión de felicidad que me lastimaba.

No dije nada. Quité mis manos de su rostro, me alejé suyo algunos pasos y me di media vuelta. «Ahora sí Lana, la has liado por completo», me dije, y sentí mi cara humedecerse por las lágrimas.

Cerré los ojos, bajé la cara, me llevé las manos a los ojos y comencé a sollozar. Casi inmediatamente sentí las manos de Andrés sobre mí, una en cada hombro. Me habría gustado quitarlas, pero no podía dejar de llorar.

—Lana, perdóname, por favor. —Me dijo, acariciándome los hombros.

—Ya está bien Andrés. —Le dije, entre lágrimas.

—Por favor. Tú eres todo para mí. Eres muy valiosa, te quiero como nadie, te deseo como nadie. —Me dijo, trasladando sus caricias a mis brazos, en un gesto que sentía casi sexual.

Al oír estas últimas palabras, solo pude pensar en Daniel. «¡Yo deseo a alguien como nadie lo ha deseado! Pero ni siquiera parece notarlo.», pensé, exasperada, y sintiéndome repentinamente enojada con Andrés.

Me limpié las lágrimas con mis manos, levanté la cabeza y di otra media vuelta, esta vez para quedar frente a Andrés, quien ya no tenía sus manos sobre mí. Iba a reclamarle, pero, apenas vi su rostro, arrepentido, me tranquilicé de inmediato. No había nada de que estar molesta con Andrés, él no había hecho nada malo.

—Venga Andrés, no te disculpes más, me haces sentir como una gilipollas. Tú no has hecho nada. —Le dije, de nuevo con lágrimas en mis ojos.

Andrés no dijo nada, y se dispuso a limpiarme las lágrimas de la cara con sus pulgares. Así había sido él desde que lo conozco. No quería hacer sentir mal a nadie, ni un poco, y apenas podía, hacía algo para intentar remediar la situación. Conmigo no era la excepción, la verdad es que era todo lo contrario.

Cuando sentí sus pulgares quitándome las lágrimas de la cara, cerré los ojos y sonreí. Era un gesto muy dulce, pero no dejaba de ser doloroso estar ante una situación como aquella. Esta especie de triangulo, un poco sexual, un poco amoroso. Muy sexual, vaya, pero sobretodo, doloroso.

Cuando Andrés hubo terminado de quitar las lágrimas que quedaban en mi rostro, retiró sus manos de mí, y permanecimos un momento sin decir nada. Luego, sin informarlo, me dirigí al baño, y pude escuchar a Andrés dirigiéndose al ordenador.

Una vez en el baño, me lavé la cara con agua, como si tuviera algo que no pudiera sacarme. Luego, permanecí viéndome a mí misma en el espejo, con

la cara húmeda, los ojos un poco rojos y el cabello recogido.

Me vi directo a los ojos, y comencé a recordar todo lo que pasó aquella noche de borrachera en el antiguo departamento de Andrés. Pude recordar sus caricias, las mías hacia él, como se sintió hacerlo. Aún no podía recordar a Andrés desnudo, pero recordaba muy bien como se había sentido todo. Fue una noche mágica.

Luego, comencé a odiarme un poco cuando empecé a recordar mejor los detalles del día siguiente. Nos quedamos dormidos, casi desmayados, abrazándonos desnudos. Cuando nos vimos a la cara al despertar, ninguno de los dos pudo decir nada.

«Pero, ¿Por qué?», me pregunté. Ahora no podía entender por qué no aprovechamos aquella noche. Es cierto que el tiempo de nuestra amistad nunca ha sido tiempo perdido, pero, joder, pudimos haberlo aprovechado un poco mejor.

Salí del baño, y Andrés estaba sentado frente al ordenador, pero no parecía estar haciendo nada en específico. Tan pronto como me escuchó volver, quitó su mano del *mouse* y dirigió su mirada a mí, sonriente.

—Lanita, ¿Cómo te sientes? —Me dijo, con expresión cercana a la preocupación.

—¿Sabes? Lo único que no puedo recordar, es cómo volvimos a hablar después de aquellas dos semanas. —Le dije, tranquila—. ¿Alguna idea? —Pregunté, sabiendo muy bien que él lo recordaría.

—Por supuesto. —Me contestó, levantándose de su silla, animado—. Había conseguido un cliente muy importante, para crear un sistema para una agencia de publicidad. Apenas me dijeron lo que necesitaban, a nivel técnico, supe exactamente lo que necesitaban. Hasta que me dijeron, “También lo diseñarás, ¿Verdad?”. En ese momento, vi toda mi vida pasar frente a mí. —Me contó Andrés, riendo.

—¡Oh por dios! —Exclamé, y comencé a reír también—. ¿Qué les dijiste?

—¡Claro que les dije que diseñaría! Era más de lo que aspiraba ganar en mis primeros tres meses después de graduarme. Vaya cliente. Apenas colgamos la video llamada, te llamé. Estaba aterrado. —Continuó con la historia, cada vez más animado.

—¡Claro! ¡Ahora lo recuerdo todo! —Le dije, riendo y acercándome más a él.

—Lanita al rescate. —Dijo Andrés, en voz baja, también acercándose a mí.

En ese momento, la verdad es que podríamos habernos ido a la cama, o a la ducha, que ya la estaba necesitando, pero luego sí, a la camita. Sin embargo, cada vez que la idea de intentarlo con Andrés se me pasaba por la cabeza, la imagen de Daniel llegaba de inmediato, y sabía que al día siguiente lo desearía tanto como siempre.

—Debo irme, Andrés. ¿Continuarás trabajando en el sitio? Yo pensaré un poco más en esa fuente, la verdad es que no me está convenciendo demasiado, creo que necesita algo más minimalista. ¿No crees? —Le pregunté, sintiéndome mucho mejor.

—Lo que tú quieras, eres mi diseñadora estrella. —Dijo Andrés, e hizo ademán de acercarse a darme otro beso.

—¡Ahora que le pienso! Tampoco creo que esté muy satisfecha con ese menú, no lo sé, es demasiado típico, así no puede funcionar esto. —Dije, poniéndome nerviosa, y sin pensar demasiado en lo que decía.

Pude ver como la expresión de Andrés se tornaba en una de resignación tras haber evitado que me diera otro beso. Que eso ocurriera no habría acabado muy bien, ahora mismo, tenía mucho que pensar.

—Sí, creo que eso tampoco me convence demasiado a mí. —Concedió, y respiró, como llenándose de paciencia.

—Por lo pronto, voy a casa. Tengo que pegarme una ducha, y comer cosas saludables. —Le dije, e hice un gesto con mi brazo de presionar el bíceps, y me arrepentí al ver la expresión de deseo de Andrés—. Vale, perdóname por todo, de verdad. Últimamente siento que soy un desastre. —Le dije, con honestidad.

—Vamos Lanita, no seas dura contigo misma. Intenta mejorar lo que puedas, lo que te está causando problemas. —Me dijo Andrés, con una expresión de consuelo.

Al oír esto, pensé en mi apetito sexual por los cielos, en mi entrenador azucarado que no parecía darse cuenta de ninguna manera que me lo quería comer entero, y en Andrés, mi amigo que tenía justo frente a mí, y que realmente me amaba como nadie. «No sé por dónde comenzar a reparar mi

vida», pensé, casi más divertida que triste.

—Gracias, Andrés. Me ayudas mucho. —Le dije, y revolví su cabello con una mano—. Creo que será mejor descansar.

—Si... —Respondió Andrés, y permaneció pensativo por un instante—. Me gustaría que te quedases. —Me dijo, con expresión segura, sin verme a los ojos.

—Andrés... —Le dije, con tono de tristeza—. Venga, sabes que no es una buena idea.

—Yo creo que es una excelente idea. Pero, está bien, yo te entiendo bien Lanita, por favor, no creas que no. —Dijo Andrés, sonando arrepentido.

—Sé que lo haces. —Le dije—. Y yo te entiendo a ti. Mira, eres un tío increíble, y si al día siguiente de esa noche que pasamos juntos no hablamos, es porque éramos aún más gilipollas de lo que somos ahora, ¿Vale? Me encantó estar contigo, de alguna forma, aunque nunca más habláramos de eso, nos acercó más, nunca podría alejarme de ti. —Dije, con mucha sinceridad, conmovida.

—Muchas gracias, Lanita. Tú eres todo para mí, de verdad. Es solo que, siento tanto por ti, sé que me entiendes, pero, siento demasiado por ti. Yo solo quiero que me permitas demostrártelo, de todas las formas posibles. —Me confesó Andrés, de nuevo con una expresión y un tono decididos, que la mayoría solo le escuchaban cuando hablaba de computadoras.

No podía continuar con esto por más tiempo. Estaba haciendo sufrir muchísimo, de alguna vez alimentando su deseo, su amor; dándole esperanzas, un poco sin quererlo, un poco deseándolo. En el fondo de mí, incluso un poco más afuera, se bien que Andrés es la persona con quien mejor estaría, mis padres lo adoran, y yo también, pero ahora mismo, tengo otras prioridades, otros deseos.

Cerré los ojos mientras lo escuchaba pronunciar su amor y su deseo hacia mí. Pude haber llorado un poco más, pero no tenía ganas. Cuando Andrés terminó, abrí los ojos, como si hubiese esperado que una catástrofe terminase, y comprobase que había salido ilesa.

Andrés estaba nuevamente muy cerca de mí, viéndome desde los pocos centímetros de diferencia que tenía sobre mí, esperándome, pacientemente. Al

ver que abría los ojos, volvió a hablar.

—Es descansar Lanita. Ve a comer algo saludable. De verdad estás hermosa, vale, siempre lo has estado, pero, sabes, estás fuerte, y todo eso. —Me dijo Andrés, tratando de no sonar ofensivo, en un tono que me parecía adorable.

—Eres el mejor Andrés. —Le dije, sonriendo—. Vale, no te quedes hasta muy tarde.

—Ni tú, mañana debes ir a la agencia de diseño, ¿verdad? —Me preguntó, aunque sabía bien la respuesta.

—De lunes a viernes de ocho de la mañana a cuatro y media de la tarde. Sábados de nueve de la mañana a una de la tarde. —Le dije, en tono mecánico, para enfatizar el hecho de hablar de trabajo. Andrés se había incorporado a repetir mi horario de trabajo, como si de pronto lo recordase.

—¡Cierto! Vale, mañana es viernes. —Dijo Andrés.

—Si. —Respondí.

—Lo que quiere decir que pasado mañana será sábado. —Dijo, sin prestar atención a la obviedad.

—Vale, te sigo. —Le dije, un poco sarcástica, pero interesada en lo que querría decirme.

—Cuando salgas a la una el sábado, ¿Quisieras que vayamos a algún restaurante a comer? Luego podríamos hacer algo más, no lo sé, ¿Ir al cine, tomar algo?

La verdad es que desde que Andrés había comenzado a salir con Laura, y luego se hicieron pareja, la interacción entre Andrés y yo había disminuido muchísimo, y nunca más habíamos salido a hacer nada. Desde que habían terminado, hablábamos mucho más otra vez, pero solo nos veíamos para hablar de nuestros clientes.

—Me gusta como suena. ¿Tienes alguna película en mente? —Le pregunté, animándome.

—Justo el sábado estrenan aquí una película de un par de directores Albaneses. ¡Es su primer largometraje! Habían iniciado su carrera haciendo cortos, los subían gratis, sabes, a Internet. Joder, necesito verla. —Dijo Andrés, repentinamente muy entusiasmado.

No pude evitar reírme, no era de burla. Es que Andrés siempre había sido así, mientras que todos escuchaban alguna canción popular, con letra sucia y ritmo pegajoso, el escuchaba alguna banda de Islandia. Además, su entusiasmo era contagioso, hasta me daban ganas de ver cine albanés de vez en cuando.

—Ay Andrés, ¡Puedes hacer que a cualquiera le interese tu cine experimental europeo post-moderno! —Le dije, riendo y poniendo una mano en su hombro derecho—. Es demasiado tentador, pero por favor, necesito conocer el nombre de la película y de los directores. —Le pedí, conteniendo la risa.

—Sencillo, Lanita. Los directores son, la joven Masiela Dushku, y su pareja, Era Lusha. —Dijo Andrés, con aire tranquilo.

—Vale, eso no está tan mal. —Dije, casi decepcionada—. Esperaba nombres mucho más inusuales. ¿Qué hay de la película, como se llama?

—Eh... —Dijo Andrés, y se dirigió al ordenador.

Lo seguí, confundida. Abrió una aplicación de traducciones, y escribió el nombre. Tardó un rato escribiéndolo, y cuando hubo terminado, me dijo que me acercara. El nombre era “*Pëshpëritje pa fund*”. Andrés hizo clic en un icono, y una voz robótica pronunció el extraño título albanés. Ahora sí, no pude contener más la risa. Andrés también rio y sonó el título un par de veces más.

—Vale, vale. ¡Me has convencido! —Le dije, apenas pudiendo controlar la risa—. Iremos a ver... “*Pëshpëritje pa fund*” —Dije, tratando de imitar la voz robótica de la aplicación.

—¡Sabía que ver cine raro me ayudaría algún día! —Dijo Andrés, teatralmente, y sin contener la risa tampoco—. Entonces, es una cita. —Dijo de pronto.

La risa comenzó a irse poco a poco. De nuevo, no era que me desagradase la idea de salir con Andrés en una cita, era simplemente que no estaba lista, y que fuera “oficialmente” una cita implicaba muchas cosas.

—¿Una cita? —Le pregunté, con tono casi inocente.

—Eh, si, digo, pasaremos el día juntos, ¿Verdad? Comer, ver buen cine, ¿Copas? —Dijo Andrés, cada vez más nervioso, y me sentí mal por hacerlo pasar un mal rato.

—¡Claro, claro que sí! Todo lo que has mencionado. Especialmente buen cine.
—Dije, imitando la voz robótica al decir la última frase—. Pero, llamémoslo salida, será lo mejor. ¿No crees?

—*Um*, vale. No veo mucho la diferencia, perdona, no quería implicar ninguna clase de compromiso. —Dijo, arrepentido.

—No, no. Andrés, venga, eres adorable. —Le dije, poniendo nuevamente mi mano sobre uno de sus hombros—. Dame tiempo, por favor. Por lo pronto, espero ansiosa el sábado, hace mucho no salimos a divertirnos juntos. —Le dije, sonriendo, pero albergando algo de preocupación.

El pedirle algo de tiempo implicaba que me lo pensaría, y, no es que fuera algo terrible, pero ahora mismo, me apetecía comerme a un *personal trainer* de postre. Me siento un poco imbécil, pero, no lo puedo evitar, y lo menos que quiero es herir a mi mejor amigo.

—¡Tienes razón! —Exclamó Andrés, recobrando el ánimo. Vale, hablamos mañana Lanita, trabajaré un rato más.

—*Bye bye!* ¡Y no olvides cenar! —Le recordé, en tono maternal.

Andrés regresó sonriente a su ordenador, mientras yo me di media vuelta y me dirigí a la salida. No era exactamente la situación en la que quería encontrarme a mí misma, pero se sentía bien que Andrés me dijera cosas bonitas. «Quisiera que Daniel notase si quiera un mínimo que estoy loca por él», pensé, saliendo de la *casa inteligente*.

Conduje a casa sin pensar en nada, encendí la radio y comencé a cambiar de estaciones, hasta que llegué a un programa que disfrutaba siempre. Era de misterio, teorías conspirativas. La verdad es que no me creía ni un cuarto de la mayoría, pero se había hecho un poco un hábito, era mi forma de relajarme.

Si estoy nerviosa, preocupada o triste; escucho alguna historia, la más aterradora u oscura posible, y duermo como bebé. Hoy hablaban de un supuesto episodio perdido de una caricatura que me encantaba de niña. «Con razón soy como soy», me dije a mi misma, y comencé a reír.

Al llegar a casa, me recibieron mis dos hijas, una chihuahua llamada Frida, y un Pastor alemán llamado Hans; ya sabéis, para preservar la cultura y todo eso. Vivía en un anexo de una residencia, cerca del centro de la ciudad.

La verdad es que es la casa más guay que he tenido desde que vivo sola, es espaciosa, pero no es demasiado difícil hacer la limpieza. «Daniel podría ejercitarse por allí, y yo cumpliría todas sus necesidades», comencé a pensar, pero el entusiasmo de Frida y Hans me trajo de regreso al mundo real.

Busqué en el móvil la dieta el plato del día, de un régimen que me había dado Daniel, del que había dicho “Este no es para adelgazar, ya que tu contextura es perfecta. Es para remover la grasa y favorecer los músculos”. «Vale, si así me va a querer follar, me comeré todo el brócoli y pollo que haga falta», pensé, divertida.

Cociné, le di agua a los perritos, comí y disfruté mucho la comida, revisé un poco mis redes sociales y encontré una publicación de Daniel que decía: “No hay mayor satisfacción para un *trainer*, que ver a tus alumnas superarse cada día”. Al leer esto, sentí como la emoción subía por todo mi cuerpo, «Seguro que habla de mí, tal vez desde ahora comience a verme distinto», pensé, y no podía contener mi emoción.

Me di una buena ducha, me lavé el cabello, me dejé una toalla encima y me puse el pijama. Solo cuando finalmente me senté en el ordenador a revisar las tareas para mañana, me sentí completamente agotada.

Apenas pudiendo mantenerme despierta, luchando contra el sueño, y escribiendo incoherencias mientras me quedaba dormida por momentos, escribí una pequeña lista de lo que haría mañana, en mi intento por ser un poco más eficiente.

Había sido un día agotador. Tuvimos más reuniones de las que me gustan en el trabajo, y nunca llegamos a nada. Luego la increíble sesión de sentadillas con Daniel, mi producción de *gel antibacterial* propiciado por Daniel, y, por supuesto, todo lo que había ocurrido con Andrés.

«Pobre Andrés, lo menos que quiero es lastimarlo», pensé, sintiéndome culpable por que estuviera en una situación como esta, pero demasiado cansada como para pensar cualquier cosa. A los pocos minutos de estar echada en la cama, me quedé profundamente dormida.

—Eh, Lana, ¿Te gusta cómo me veo? Estoy desnudo, ¿Lo ves? —Me dijo Daniel, posando como escultura renacentista.

—*Uuum*, puedo verlo. Me encanta lo que veo. —Le respondí, succionándome los dedos de una mano, y acariciando mis pechos con la otra.

— ¿Me veo... Dulce? —Me preguntó, disfrutando de la atención que le daba.

—Muy, muy dulce, no me importaría hacerme diabética. —Le respondí, cada vez más cachonda—. Pero, tienes un poco de algodón de azúcar allí abajo, ¿Quisieras que te lo quite? Me está obstruyendo la visión.

—Oh, ¿Esto? Sí, es algodón de azúcar, pensé que me daría un aspecto más celestial, sabes, el Edén y todo eso. —Me explicó Andrés, cogiendo un poco de algodón de azúcar que censuraba el plato principal—. Pero, ya tengo alguien que me lo quite, gracias Lana, puedes ir a hacer algo de espalda.

Al oír esto, quedé destrozada. Yo quería comerme el algodón de azúcar, era lo único que me alejaba de lo que más quería. Pero, cuando estaba a punto de echarme a llorar, vi algo mucho mejor.

Andrés llegó de la nada, completamente desnudo, pero, tampoco podía ver su polla, cubierta por una hojita verde. Al verlo, Daniel se acercó decidido, y pude ver como el algodón de azúcar y la hojita se separaban, mientras Daniel y Andrés se besaban apasionadamente. Cada uno estrujaba las nalgas del otro.

La verdad es que era una escena muy, muy *sexy*, y, bajo otras circunstancias, me habría masturbado allí mismo. Pero, era muy duro en ese momento.

—¡Esto parece una pesadilla! ¡Pensaba que yo te gustaba, Andrés! Y Daniel, ¡Ya veo por qué nunca has abusado ni un poco de mí, a ti te mola es Andrés!
—Grité, desesperada, derramándome en el suelo, llorando.

—¡*Gordibuena!* —Gritó un tío desnudo, que ejercitaba sus glúteos.

—¡Yo si te follo entera, guapa! —Me dijo otra tía desnuda, haciendo abdominales.

—¡Déjenme en paz! ¡Andrés! ¡Daniel! Follad conmigo, follad conmigo. —
Supliqué, desolada y bañada en lágrimas.

En ese momento, la alarma comenzó a sonar. Eran las seis de la mañana, viernes, debía tomar una ducha, desayunar, ir al curro; lo típico. Pero, con ese sueño, o más bien esa pesadilla, creo que ya estaba decretado que no sería un gran día.

Me estiré un poco, me cepillé los dientes, puse a tostar pan y a hervir

agua para el té; y durante todo ese tiempo, no pude sacarme la imagen de Daniel y Andrés, bastante majestuosos, cada uno a su manera, comiéndose enteros, desnudos, mientras yo no tenía a nadie.

Pensé que me encantaría contarle ese sueño a Andrés, y escuchar que teoría o interpretación le daba. Era un poco aficionado a la psicología, cualquier cosa que sea interesante, a él le interesaba el doble. Pero, no podría contarle eso. No porque se besara con otro tío, esa parte le haría gracia, él estaba bien, sino porque, es un tío listo, de inmediato entendería que estoy loca por Daniel.

Pasé mi *té chai* a un termo, y envolví mi desayuno para llevar. Me envié la lista de cosas por hacer al correo para llevarlas en mi móvil, y fui a vestirme. Me puse unos vaqueros, y una chaqueta de cuero. Además, guardé la ropa de *gym* en mi bolso.

En cuanto a las bragas, necesitaba evitar a toda costa que Andrés me quitase a Daniel, quiero decir, sentía que era el momento de Daniel finalmente se atreviera a dar el siguiente paso, o que comenzara a desearme. Por ello, me aseguré de llevar las bragas más *sexies* que conseguí. La verdad, eran tan finas que parecía no llevar nada, pero creo que se ceñirán bien con mis *leggings*, podría funcionar.

Fui al trabajo en el coche, dando pequeños sorbos a mi té, aún caliente, y con muchas ganas de llegar y comerme el desayuno. Además, teníamos algunos trabajos interesantes por terminar, por lo que el efecto de la pesadilla comenzaba a desvanecerse, y me sentía cada vez más animada.

—¡Buenos días! —Me dijo Jaime, el gerente de productos.

—¡Buenos días Jaime! —Le respondí.

—¡Te ves bien Lana! —Me dijo John, un pasante en diseño de logos.

—¡No más que tu John! —Repuse, sonriendo.

—¡Lana, buenos días! —Escuché decir a Clara, la experta en tipografía.

—¡Igual para ti Clara! —Saludé a Clara.

Así era cada mañana en el trabajo. La verdad es que era el mejor trabajo que podría desear. Estoy segura de que podría tener un negocio perfectamente estable trabajando desde casa con Andrés, pero amaba trabajar

en esta agencia de diseño.

La agencia se llamaba “*Kinda Cool, design and branding.*”, y estaba establecida en Nueva Zelanda, pero, por suerte, abrieron una sucursal aquí, y apenas lo supe, envié mi aplicación, me entrevistaron, y lo obtuve. Hace dos años que trabajo aquí. Y no, nunca he estado en Nueva Zelanda.

Nuestras oficinas son dignas de una agencia *top notch* de diseño. Es el mejor ambiente de todos, con almuerzo gratis, lavandería, nuestra propia maquina de café. Joder, como no amar este trabajo. Aunque por alguna razón no daban té, solo café. Probablemente es algún estereotipo con los diseñadores y el café.

No tengo ninguna queja, además de que solo tengan café y nada de té. Vale, no hay ni un hombre hetero aquí. Todos son adorables, y son los mejores compañeros y colegas que podría querer, pero, cuando llegué, la verdad es que esperaba conseguir liarme con alguno. La verdad es que ahora mismo agradezco que esa no sea una posibilidad, correría el riesgo de hacer el trabajo incómodo.

—¡Buen provecho Lana! —Me dijo John, quien se servía café.

—Gracias John, igual para ti —Le respondí, sonriendo.

—¿Cuándo aceptarás tu destino como diseñadora y comenzarás a tomar café?

—Dijo John, riendo.

—No señor, yo estoy bien con mi *chai, merci.* —Dije riendo.

— *Ulala.* —Se rio John—. Por cierto, Lana, ¿Ya viste a Jaime? Me provoca comérmelo, que culo se ha sacado. —Me dijo en voz baja, con su usual expresividad.

—*Uf*, sí. Riquísimo. ¿Cuándo atacarás? —Le pregunté, con sonrisa pícara.

—Cariño, no quiero que me despidan. —Respondió, y comenzó a reír—. Venga, te dejo comer. ¡En quince minutos tenemos la primera reunión del día!

—Espero que finalmente lleguemos a algo, estas lluvias de idea, tío, no creo que esté funcionando muy bien. ¡Vale amor, te veo en la sala de reuniones! —Le dije, y le lancé un beso.

John llegó a la agencia hace cuatro meses. Estaba cursando el último año de diseño gráfico en una escuela muy prestigiosa, y la verdad es que el tío

era increíble. Desde que llegó, lo pusieron a mi lado, y no podría estar más feliz por ello, es adorable.

Por el resto del día no tuvimos más reuniones, y finalmente tuvimos mucho diseño por delante. John paso el día diseñando logos, y cada idea que me mostraba me dejaba flipando. Yo comencé a diseñar un sistema para una escuela de música, me molaba mucho este proyecto, y quería que fuera lo más intuitivo para las personas que lo usarían.

En el almuerzo siempre nos reuníamos todos, no llegábamos a veinte empleados, y todos nos llevábamos muy bien. Usualmente, veíamos videos y escuchábamos música en la hora del almuerzo, y alguien hacía alguna payasada.

Cuando se acercaban las cuatro y treinta, comencé a pensar más y más en Daniel. Ya faltaba muy poco para ver a mi postre favorito. Comencé a pensar en cómo podría comportarme, que cosas podría decir, para insinuarme mejor, para que finalmente me dijera alguna guarrada.

Pensé que debería subirme las bragas. Hoy llevaba un *top* muy corto, que dejaba ver mi cintura y mi abdomen, con lo cual, podría agacharme y hacerle ver lo que podría quitarme con los dientes, si quisiera.

Sin darme cuenta, comenzaba a imaginar que, mientras me agachaba, finalmente se decidía, y me tocaba una nalga. La verdad es que si alguien a quien no conozco me hiciera eso, le daría una buena hostia, pero, en el caso de Daniel, me le lanzaría encima.

—¿Vas al *gym* hoy amor? —Escuché la voz de John diciendo.

—Eh... Si, si iré. ¡Me encanta! —Le respondí, incorporándome a la realidad.

—*Um*, conozco bien ese entusiasmo cariño, y creo que no tiene mucho que ver con un amor por la vida *fitness*. —Insinuó John, y elevó sus cejas dos veces al terminar de hablar.

—Tú ganas. Hay tres tíos, y quiero que me follen a la vez. —Le dije en voz baja, sonando tan convincente como podía.

—Eres, una, guarra, amiga. ¡No sabía que tenías esos deseos! —Me dijo John, enfatizando cada palabra.

—¿En serio te lo has creído? —Le pregunté, sorprendida y divertida.

—Ay, ¿No es cierto? —Me preguntó, como decepcionado, pero también con sarcasmo.

—¡No! —Le dije, y comencé a reírme.

—Ya sé que no amiga. —Dijo, riendo conmigo—. Pero, si no son tres, al menos es uno solo, ¿Verdad? —Sugirió, de nuevo adoptando su expresión de complicidad.

—Eh... —Dudé, no sabía que responder.

—¡Lo sabía! Venga Lana, no hay de que avergonzarse. ¿Ya os habéis presentado? ¿Habláis seguido? ¿O solo lo deseas desde lejos? —Me interrogó John.

—¡Tranquilícese, *Sherlock*! —Le dije, riéndome en voz baja, para no molestar a los demás, que comenzaban a apagar sus ordenadores—. La verdad, cariño, la respuesta es *todas las anteriores*.

—Elemental mi querida Lana. —Respondió John, satisfecho, pero luego su expresión se tornó en confusión—. ¿Cómo puedes estar en todas las situaciones a la vez cariño?

—Sencillo, nos hemos presentado, si hablamos siempre que voy, pero solo le deseo desde lejos, porque no parece darse cuenta. —Le dije, y me sentí cada vez más frustrada.

—¡Tienes que ser más expresiva! —Exclamó John.

—Lo he intentado, pero realmente no parece darse cuenta. —Repuse, confundida.

—No amiga. Tienes que ser *muuuuy* expresiva. Como, por ejemplo, estás haciendo un ejercicio, ¿Vale? —Comenzó John, animado.

—Vale. —Respondí, con toda mi atención en lo que inventaría John.

—Entonces, comienzas a quejarte, y dices “¡AH! Ay...”, eh, ¿Cómo se llama el afortunado? —Me preguntó John, interrumpiendo su ejemplo.

— Fabricio. —Le respondí sin pensarlo, tomando una pequeña precaución de que no conociera a Daniel.

—Ay, los Fabricios amiga, no puedes confiar en ellos. Pero vale, estás haciendo tu ejercicio, y luego “Fabricio, ven, ah, ayúdame, me duele

mucho...” —Dijo John, casi gimiendo.

—Y luego de gemirle en público, ¿Qué debería hacer? —Le pregunté, divertida.

—Ya lo estás captando. Entonces, Fabricio te preguntará “¿Dónde te duele, *bebé?*” —Dijo, exagerando la gravedad de la voz del supuesto Fabricio.

—No creo que Fabricio diga algo como eso. Continúa. —Dije, riéndome y queriendo escuchar el resto.

—Mente positiva amiga. Entonces le dice, “Ahhh, no sé, estoy tan adolorida”, le dices, con tus manos en el culo, y haciendo expresión de dolor, pero con placer, como en las películas porno con historia. —Me sugirió, muy serio.

Para ese punto, no podía contener más la risa, y solté una carcajada audible, que llamó la atención de nuestros compañeros de trabajo que estaban más cerca de nosotros, quienes miraron, nos sonrieron, y volvieron a lo suyo.

—¿¡Que!?! —Preguntó John, casi ofensivo porque no parecía estarlo tomando en serio.

—¿Qué sigue luego? Estoy pensado que podría tomarle una mano, la llevo hasta mi culo y le digo “Ah, aquí, cúrame Fabricio, ah, ¿Así!” —Dije, exagerando los gemidos, pero en voz baja.

—¡Ya me has entendido! De eso se trata amiga, si quieres el dulce, tienes que hacer un esfuerzo. No creas que va a llegar así como así. —Me dijo John, satisfecho con lo rápido que aprende su alumna.

—Luego podemos follar en el baño de hombres, o el de mujeres. —Le dije, sarcástica.

—Ese es vuestro problema tía, personalmente, creo que los baños públicos deberían ser unisex. Esto es el siglo XXI, pero vale. —Respondió John, como si realmente no hubiese entendido mi sarcasmo, y pronto volvió a abstraerse dibujando.

Ya solo quedaban diez minutos de trabajo, y mientras hacía lo últimos ajustes a mi prototipo por lo que quedaba del día, cada poco tiempo recordaba las sugerencias de John, y apenas podía contener la risa.

Por supuesto que no haría exactamente lo que me sugirió John, para finalmente llamar la atención de mi adorado *Fabricio*, pero, John si tenía algo

de razón. Después de todo, me había puesto unas bragas que podrían usarse como cuerdas de guitarra, por algo sería.

Cuando solo quedaban cinco minutos para salir, guardé los archivos, marqué mi lista de cosas por hacer y estuve satisfecha de haber terminado muchas de las cosas que me había propuesto a terminar, apagué el ordenador y fui al baño.

Solo me cambié los pantalones por los *leggings*, la blusa me la cambiaría en el coche. Por alguna razón, sentía algo de pudor de no ir demasiado atlética en el trabajo, aunque muchos otros también iban a hacer ejercicio después del trabajo, y algunas veces usaban prendas cortas.

Además, me quité la chaqueta y me la enrollé en la cintura, para asegurarme de que no se notarían las minúsculas bragas que llevaba puestas, y comencé a arrepentirme un poco de mi *outfit* de hoy. Pero, John tenía razón, tengo que hacerle ver a *Fabricio* lo que podría disfrutar. Digo, a Daniel.

Salí, un poco preocupada de lo que los demás podrían decirme. Una preocupación inútil, pues en general no hay ningún código de vestimenta en *Kinda Cool*. Simplemente no vayas desnudo o, no lo sé, en bikini, y todo estará bien.

—Ya sabes amiga, se fuerte, se seductora, se expresiva, pero sobretodo, se tú misma. —Me dijo John en medio de risas, sacudiéndome de los hombros.

—Lo seré, lo seré. —Le dije, exagerando el tono de seriedad.

Fuimos riendo y despidiéndonos de nuestros compañeros. John llenó su vaso de café, y yo llené mi termo con agua fresca para el *gym*. John cogió su casco de motocicletas y se puso sus guantes.

Una vez en el estacionamiento, John se sentó en su motocicleta y terminó su vaso de café y fumó un cigarrillo. Se veía *kinda cool* en esa pose, y se lo hizo saber. Nos despedimos y me monté en mi coche, llena de expectativas por lo que podría pasar hoy con Daniel.

Al inicio de mi camino al gimnasio iba decida, entusiasmada y lista para ser tan expresiva, evidente y seductora como lo necesitase para llamar la atención de mi *personal trainer*. Tal vez no tan expresiva, seductor y evidente como mi amigo que aparentemente veía mucho cine porno me había sugerido, pero lo suficiente.

Sin embargo, mientras más me acercaba a mi destino, más y más dudas comenzaban a atacarme, y me sentía cada vez más llena de dudas, y por un momento, incluso pensé en irme a cambiar de ropa.

Pero, cuando estuve fuera del edificio, recordé que en realidad me veía bien, y hace tiempo quería vestirme así, y no había tenido el valor, hasta ahora que estaba tan satisfecha con la apariencia de mi cuerpo, gracias a Daniel, quien, si quería, podía probar el fruto de su trabajo.

Una vez me estacioné, comencé a recobrar la confianza. Busqué el *top* en mi bolso, me quité la blusa y me lo coloqué. Me sentí un poco expuesta, pero me gustaba lo que veía. Mis curvas se veían bien, y mi abdomen se había aplanado bastante.

Me llevé hacia atrás, cogí las bragas y las levanté, pero me sentí un poco avergonzada de la idea, por lo que decidí desistir de ella, y simplemente agacharme tanto como pudiera, cuando Daniel me estuviese mirando, a ver si me prestaba atención.

Subí las escaleras, y aún no había muchas personas entrenando. El edificio estaba dividido en tres secciones, para distintos tipos de entrenamiento. En el primero, máquinas y pesas, y es donde pasaba la mayor parte del tiempo con Daniel.

En el segundo, la parte de aerobics y ejercicios funcionales, ruedas para levantar, cuerdas, chalecos con peso. Al menos una vez a la semana, Daniel me traía aquí, y la verdad, disfrutaba mucho más levantar peso, pero no estaba mal.

El tercer piso era un estudio de baile, algunos días bailaban *hip hop*, otros *reggaeton*, otros *ballet*, contemporánea; en fin, a veces subía, si se me permitía, y era una pasada ver a los bailarines.

Cuando llegué, pude ver a Daniel colgado en una barra de acero, con sus enormes brazos templados, y las venas brotadas en todo el brazo. Para hacer las cosas mejores, o peores, de acuerdo a como lo mire, no llevaba camiseta, y pude ver sus enormes pectorales, y su abdomen perfectamente marcado, como barra de chocolate, el mejor de los chocolates, y yo sé mucho de chocolates.

Al darse cuenta de que había llegado, se bajó y se colocó su camiseta sin mangas, lo cual que lamenté muchísimo, pero probablemente era lo mejor,

para evitar abusos de mi parte.

—¡Bienvenida! ¿Cómo están tus piernas? —Preguntó Daniel, acercándose a mí.

—Hola Dani. —Le dije, y lo saludé con un beso en la mejilla—. Cuando desperté, sentí algo de dolor muscular, pero ya ha pasado, ha estado bien. —Le dije, sonriendo.

—Ese es uno de los pocos dolores que disfruto, porque me dice que me he esforzado lo suficiente, que estoy progresando. —Dijo Daniel, inspirado.

Me habría gustado preguntarle que otro tipo de dolor le gustaba, pero sabía que no sería demasiado apropiado, así que asentí, y dejé ver en mi rostro como me inspiraba la fuerza de sus palabras.

—Es cierto, la verdad es solo algunos dolores me satisfacen. —Le dije, e inmediatamente me puse muy nerviosa tras decir aquello.

Daniel me sonrió, y creo que finalmente pude percibir como su mirada se desviaba a mi cuerpo, con una sonrisa que no podía identificar del todo, pero quería creer que era más de deseo.

«Hoy es tu día, Lana. Se tan expresiva como puedas», me dije en mis pensamientos, mientras seguía a Daniel, quien iba a comenzar con el estiramiento y calentamiento.

Primero realizamos el estiramiento típico, desde el cuello hasta los tobillos. Luego, cuando iniciamos con el calentamiento, Daniel me hizo doblar ligeramente las rodillas, ponerme de puntillas y *picar*, subiendo y bajando los pies de puntillas, tan rápido como podía.

Haciendo este ejercicio, me sentí como si hiciera *twerk*, y tomé la oportunidad de voltearme hasta que Daniel me pudiera ver bien el culo, mientras se movía arriba y abajo con el ejercicio.

—Te ves bien Lana. —Me dijo Daniel.

Al escuchar eso, sentí algo en mi estómago. Daniel siempre me había dicho cumplidos cuando se trataba de haber hecho bien algún ejercicio, o de algún progreso con mi cuerpo, como tener más músculos, estar más tonificada. Pero nunca me había dicho directamente que le gustase algo de mí.

—Tú también te veías bien colgando en la barra. —Me atreví a decirle,

jadeando, al terminar con el ejercicio, y sentí como mi corazón comenzaba a acelerarse.

—¿Lo crees? No estoy muy conforme con mis brazos, siento que he perdido algo de masa muscular. —Me dijo, mostrándome sus brazos.

—Vaya, ¿De verdad? Me gustan mucho tus brazos, se nota todo el esfuerzo. —Continué, no podía detenerme ahora.

—Venga, tú también te has esforzado mucho. Y hemos logrado aprovechar la bonita forma de tu cuerpo para modelarlo, en lugar de querer cambiarlo por completo. —Me dijo, examinándome con la mirada.

Finalmente, finalmente decía algo sobre mi cuerpo, finalmente podía estar segura de que a Daniel le gustaba como me veía. «¿Serían los hilos? ¿Sería mi abdomen? Lo que sea, gracias, ¡Gracias!», pensé, como si le hablase a un ser divino que acabara de concederme un milagro.

Durante el resto de la sesión, no hubo más intercambio de cumplidos. Estuvimos completamente concentrados en entrenar, y, con más razón que nunca, di el ciento por cierto de mí. Además, me aseguré de exagerar un poco mis gritos y exclamaciones de dolor, para que Daniel pudiera tener alguna idea de lo que escucharía si me llevase a la cama.

—¡Y quince! Ya hemos terminado por hoy. ¿Qué te ha parecido el entrenamiento? —Me preguntó Daniel, inclinado, para poder hablarme desde el suelo, pues me encontraba en plancha.

—Ha estado increíble. ¿Siempre inventas las rutinas? —Le pregunté, casi exagerando mi admiración hacia su conocimiento, e intentando hacer alguna pose atractiva en el suelo.

—Depende un poco. Por supuesto que busco mucho en Internet, en libros, más todo lo que aprendí en la universidad. Pero todo lo modifico, o al menos me aseguro de que estoy usando las metodologías correctas. —Me contó Daniel, con pasión.

—Vaya... —Le dije, mirándolo, casi babeada, asegurándome de que demostraba suficiente admiración.

—Venga, vamos. —Me dijo Daniel, levantándose y dándome la mano para ayudarme a levantarme.

Tome su mano, y era mucho más suave de lo que podría esperarse de un sujeto tan musculoso, que seguro levantaba muchísimo peso cada día. Apoyé mi otra mano en el suelo y en un segundo estuve de pie justo al frente de mi entrenador azucarado.

— Eh, Lana. ¿Estarás ocupada mañana? —Me preguntó Daniel, tranquilo.

—Yo, eh. —Tardé unos segundos en poder responder—. Trabajo hasta la una, luego estoy completamente libre. —Le dije, sin poder creer que me haya preguntado eso.

—Perfecto. ¿Quisieras ir a comer algo mañana? Descuida, me aseguraré de que comamos algo rico y sano. —Me preguntó, sonriendo casi inocente, como si lo que hubiera dicho no pudiera tener ningún doble sentido.

Tardé muy poco en responder, pero sentí como si me hubiese tomado muchos minutos. No podía creer absolutamente nada de lo que sucedía. «¿Daniel me estaba invitando a comer? ¿Me querría comer a mí de postre?», pensé, en una serie de pensamientos sucesivos.

—No sabes cuánto he querido pedirte que hagamos algo así. —Me atreví a decirle, sin esconder mi sorpresa.

—¿Si? ¡Podías habérmelo dicho! Eres muy guay Lana. —Me respondió, y colocó una mano en mi hombro—. Entonces, ¿Iremos a por algo sabroso?

—¡Claro, claro! ¿Tal vez podríamos tomar algo luego? —Le pregunté, asegurándome de que mañana fuera el día—. Descuida, ¡Nada de cerveza! Podemos tomar algo con pocas calorías.

—Me gusta como piensas Lana. —Dijo, chasqueando los dedos—. ¡Claro! Comemos algo, y luego vamos de copas, ya es tiempo de conocernos mejor. —Me dijo, sonriente y aparentemente emocionado.

—¡Es exactamente lo que he estado queriendo! —Le respondí, comenzando a asimilar lo que sucedía.

— Vale, tienes mi número. Te enviaré la ubicación mañana a las once, y cuando estés por salir del curro, me llamas. ¿Vale? —Me indicó Daniel.

—¡Entendido! —Le dije, queriendo obedecer a cualquier orden que me diera.

Daniel se despidió más efusivo que nunca, dándome un abrazo. Yo no entendía lo que pasaba. «¿En serio era tan fácil? ¿Sólo tenía que ponerme unos

hilos, un *top* y menearle el culo en la cara? ¡Ni siquiera tuve que gemir!», pensé, casi incrédula.

Cuando entré al coche, de nuevo me percaté de que tenía mis pequeñas bragas empapadas, pero esta vez no quería incidentes con *gel antibacterial*, así que fui fuerte, y me fui a casa, muy excitada, y queriendo gritar de la emoción.

«¡Sé que puedo *volaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaar!*!», canté a todo pulmón en el coche. Además, bailé sin poder contenerme. No podía creerlo, mañana tendría una cita con Daniel. Pero, no podía esperar más, no quería esperar más. «Mañana te follo Daniel, quieras o no quieras. Vale, solo si quieres, pero querrás, ¿Vale?»», dije en voz alta, mientras estacionaba el coche.

Entre a la casa y llegué inmediatamente a verme al espejo. Me gustaba lo que veía, las bragas se marcaban un poco, y me veía fuerte. Posé un poco y comencé a quitarme las prendas y dejarlas regadas en el suelo.

Cuando me encontraba solo con mis bragas chorreadas, cogí mi móvil, me eché a la cama, e hice un recorrido por toda mi galería de Daniel. La producción de *antibacterial* no paraba, y yo no podía esperar para mañana.

Después de cuarenta minutos de placer solitario, me encontré a mí misma agotada en la cama, con una foto de Daniel en una sesión de modelaje que tuvo hace algunos meses, mis bragas en la cama y las sábanas echas un desastre. Había sido una sesión intensa.

De pronto, escuché mi móvil sonar y vibrar, y por un momento, albergué la esperanza de que fuera Daniel, preguntándome si la había pasado bien viendo sus fotos, como si lo hubiera sentido, o queriendo decirme alguna guarrada.

Pero, era un mensaje de Andrés. Me había olvidado por completo suyo durante todo el día. Su mensaje decía: “¡Lanita! Espero que hayas tenido un muy buen día. Qué pena que no hayamos podido hablar hoy, he estado muy ocupado. Pero he pensado mucho en ti, en todo lo que paso ayer. Además, estoy muy emocionado por mañana. ¿A qué hora nos veremos? Te quiero, que tengas muy buenas noches”.

«Mierda, Andrés», pensé. Había deseado tanto que Daniel se interesase en mí, que, al ver que finalmente se interesaba en mí, y que además me invitaba a salir, olvidé absolutamente todo en mi vida. Ahora no sabía qué hacer, amo a Andrés, es mi mejor amigo, y me apetecía mucho salir a pasarla bien con él. Pero, no sé si Daniel me volvería a pedir que saliéramos si le cancelaba.

Comenzaba a sentir algo de dificultad para respirar, además de sentirme un poco culpable por no haber podido contenerme cuando llegué a casa. Por suerte, si mañana todo salía como lo esperaba, finalmente mi producción de *antibacterial* disminuiría, o, al menos, podría probar el producto con su principal fabricante.

Al pensar estas cosas, pensé que podría pasar otra media hora visitando mi galería, pero tenía que pensar en qué hacer. Además, necesitaba darme una ducha, cambiar la cama y comer.

Recogí la ropa, quité las sábanas y me metí a la ducha, donde comencé a pensar en que podría hacer, aunque la decisión ya estaba tomada. Le cancelaría a Andrés, saldría con Daniel. Me sentía como una completa imbécil, y pensé que realmente no merecía Andrés, pero también me recordé a mí misma que soy libre de decidir, y que, de no salir con Daniel, me arrepentiría por el resto de mi vida.

Salí de la ducha, sintiéndome mal, pero decidida. Me puse el pijama, cambié la cama, y me eché a escribir un largo mensaje a Andrés, tratando de explicarle de la forma menos hiriente posible por qué tendría que cancelarle mañana.

«Hola Andrés. No te preocupes, la verdad es que ha sido un día largo de trabajo, ¡Pero estuvo muy bien! Finalmente nos concentramos en lo que hacen los diseñadores, diseñar, obviamente. Yo *adooooooro* trabajar para *Kinda Cool*, pero a veces las reuniones son demasiadas, y, la verdad es que no son las más productivas tampoco. Y la falta de té, eso definitivamente podría mejorar también.»

«Andrés, te quería decir algo. Y por favor, por favor, perdóname, te lo suplico. Estaba muy emocionada por mañana, por comer juntos, por ver una película, por reírnos o hacer cualquier cosa, por ir a tomar algo y tal vez pasarnos un poco de tragos. Por estar con mi mejor amigo en el mundo. Pero, mañana no podré. Te prometo que es una buena razón, y simplemente no tengo más opción.»

«Ya te explicaré luego todo, te lo prometo. Y de verdad, no mereces tener una amiga tan imbécil, ni yo merezco tener a un amigo tan bueno. Por favor, perdóname. Además, si estás disponible, podemos mover nuestra *cita* para el domingo, que la verdad es que son muchísimo más aburridos, y pasarlo haciendo algo divertido con mi mejor amigo sería muchísimo mejor que

quedarme a ver series todo el día, jajaja.»

«¿Qué te parece? ¡Será todo el domingo! Podemos hacer una lista de todas las cosas que podemos hacer, jugar videojuegos, fútbol, hacer pizza vegetariana; venga, lo que sea, ¡Incluso trabajar! Te puedo enseñar un poco de mi proceso creativo cuando diseño, estoy segura de que eso es algo que te gustaría ver. ¿Si verdad? Lo sé, soy una imbécil, pero conozco perfectamente a mi mejor amigo»

«Vale, ahora es tarde y aún debo comer algo. Por favor, perdóname, es todo lo que puedo pedir. Eres muy importante para mí. Que pases muy buenas noches, ¡Dulces sueños!»

Envíe el largo mensaje, y tan pronto como vi que se había enviado, apagué el móvil. No me sentía capaz de leer lo que Andrés tenía para decirme, incluso si conocía tan bien a mi mejor amigo, que sabía que me diría que todo estaba bien, y que sí, que sí podemos tener una *cita* el domingo.

Y lo peor es que podré estar completamente segura de que es verdad, que no se enojó ni un poco. Tal vez le moleste el plan arruinado, pero se sentará frente al ordenador, y pasará el día así.

Me paré de la cama y fui a la cocina a por algo rápido, pero saludable, para comer. Me hice una ensalada y preparé un batido de proteínas, pero, en el proceso, me percaté de algo que había dicho en el largo mensaje para Andrés.

Le pedí que pospusiéramos nuestra *cita*. «¿Cita? Pero, ¿Qué me ha hecho decir cita?», pensé, sin alterarme. Era extraño, especialmente considerando que yo fui quien se puso a la defensiva cuando Andrés lo llamó de esa forma ayer en su casa.

Tal vez no era nada, tal vez simplemente estaba tan emocionado por salir mañana con Daniel que simplemente la palabra *cita* salió de mí. Pero, con Daniel, por el contrario, no había demasiada certeza de lo que pasaría mañana, o si quiera de si era una *cita*. Pero, lo importante es que estaba ocurriendo, y yo me aseguraré de que mi entrenador dé el siguiente paso.

Decidí no darle mayor importancia a mi pequeña confusión con respecto a la palabra *cita*, y deseé que Andrés no lo tomase demasiado serio. Por lo bien que lo conocía, sabía bien que leería aquello, racionalizaría, como siempre lo hace con todo, y llegaría a dos posibilidades. O me he dado cuenta de que en realidad me gusta, y lo que quiero ahora es precisamente una *cita*. O

dije cita para hacer referencia a lo que había anoche cuando él dijo esa palabra.

Y, por supuesto, sabía muy bien que tomaría las dos. Por un rato pensaría que era lo primero, que ahora sabía que me gustaba. Pero que luego, cuando estuviera más cansado, o de peor humor, pensaría que lo hacía como referencia, como algo jocoso.

Me sabía mal hacerlo sentir si quiera un poquito mal, pero también sabía perfectamente que, sin importar el significado que le atribuyera a la palabra cita, que ni siquiera yo conocía; al leer que el domingo sería toda suya, toda suya como amiga vaya, se contentaría. Más que contarse, se pondría muy feliz.

«¡El *outfit* de mañana!»), recordé, y corrí al *closet*. Saqué absolutamente toda mi ropa, y mi habitación acabo convertida en una tienda de ropa. Me probé todo lo que tenía. Blusas, chaquetas, vestidos, faldas, sombreros, y sí, también bragas.

Finalmente, me decidí por una falda larga, pero moderna, de color negro. Me flipaba mucho esta falda, y hacía muchos meses desde la última vez que la usé. Mientras que, arriba, opté por una blusa de tirantes, que me cubría las tetas y poco más, con lo que tendría mi abdomen descubierto.

Para los pies, tacones por supuesto, y decidí que me vendrían bien unas medias de malla. Temí por un momento que mi *outfit* no fuera apropiado, o que Daniel sintiera que me estaba esforzando demasiado. Pero, la verdad es que me encantaba como me veía, no importaba si a Daniel le gustaba o no, pero sabía que le gustaría.

«A Andrés le encantaría», pensé. Y quise tomarme una foto y mostrarle, pero sabía que no sería una buena idea, por muchas razones. Por un lado, tendría que explicar a donde iré mañana con esta ropa, y, por el otro, sabía que también lo haría a él producir un montón de *gel antibacterial*. No es que esto estuviera mal, la verdad es que me halagaba, pero preferí buscar otro *outfit* bonito para el domingo.

Hice un esfuerzo por tener realmente en cuenta los gustos de Andrés, y finalmente decidí que podría utilizar un *legging*, que ya sabía que le gustaba como me veía con ellos, y una sudadera bonita. Tal vez no me vería tan atractiva como mañana, pero los *leggings* me marcarían bien el culo, y a

Andrés le gusto como sea.

Al pensar esto último, sentía un pequeño cosquilleo en mi cuerpo, y probablemente me sonrojé un poco. Luego sacudí la cabeza, saqué un tercer *outfit*, que sería cualquier cosa que poner mañana en el curro, antes de salir con Daniel, y acepté mi destino de tener que recoger toda la demás ropa y ponerla de vuelta en su sitio.

A las once terminé con todo. No podía más con mi vida, pero cogí lo último de fuerza que me quedaba y me lavé los dientes. Luego apagué las luces, me eché en la cama, y caí profundamente dormida.

—¡Ah! ¡Por ahí, por ahí! —Le grité a Andrés.

—¿Segura? No creo que sea buena idea —Me dijo, dudoso, sin parar de moverse.

—¡Te lo estoy diciendo, por ahí! —Volví a pedirle, impacientándome.

—Vale, iré por ah... Joder, lo siento. —Dijo Andrés, lamentándose por terminar tan pronto.

Solté el control de la consola de videojuegos, con un gesto de enojo, más teatral que cierto. Luego, le sonreí a Andrés, para que supiera que no me molestaba su falta de experiencia.

—Venga, ¡Es un juego difícil! Ya irás mejorando. —Lo animé.

—Muchas gracias Lanita, claro que mejoraré. —Respondió Andrés, sonriente —. Pero, ahora mismo, me gustaría que hiciéramos otra cosa. —Me dijo, comenzando a tocarme por todo el cuerpo.

—*Uuum*, que chico tan salvaje. ¿Qué quiere hacer el cavernícola? —Le dije, con tono seductor, mientras le quitaba la camiseta.

—Querer entrar en cueva de Lana. Querer meter garrote en cueva. —Dijo, intentando hablar como cavernícola. No fue su mejor interpretación, pero lo que dijo me animo.

—Macho alfa poder entrar cuantas veces quiera. Macho alfa poder decorar de blanco cueva, cueva estar protegida. —Le dije, sin molestarme en hacer una buena interpretación de cavernícola, pero tratando de ser seductora.

De pronto, me encontraba completamente desnuda y de perrito en el sofá, y Andrés se quitaba la ropa para finalmente entrar en mi cueva, pero el

proceso de quitarse la ropa comenzaba a parecer interminable.

En cierto punto, comencé a desesperarme un poco, pero intenté conservar la calma tanto como pude. Cada vez me sentía menos cachonda, y me estaban doliendo los brazos, así que me eché sobre el sofá, y comencé a quedarme dormida. Andrés continuaba tratando de quitarse la ropa.

—¡Eh! ¿Qué coño hacen? —Escuché la voz de Daniel, notablemente enojado.

—¡Dani! No es lo que parece. Mi postrecito azucarado, yo te lo explico todo.
—Le dije, desesperada.

Pero Daniel no me hizo caso, y fui directamente a por Andrés, quien parecía finalmente haberse quitado la camiseta, pero todo apuntaba a que le tomaría el doble de tiempo quitarse los pantalones.

En un abrir y cerrar de ojos, Daniel estaba completamente desnudo, en la posición en la que yo me encontraba algunos minutos antes. Yo estaba sentada al frente, completamente vestida, y Andrés estaba entrando en una cueva un poco más estrecha, la de Daniel.

—¡Te has equivocado de cueva! ¡Te he invitado a mí cueva, no la suya! —Le grité a Andrés, completamente indignada.

—Oh, lo... ¡Ah! —Comenzaba a decir Andrés, cuando aparentemente había comenzado a pintar la cueva de blanco.

—¡No pares! ¡Más! ¡Quiero más! —Pedía Daniel, casi suplicando.

—¡Se supone que yo debía decir eso! —Grité, comenzando a llorar, indignada.

«¿Pero qué coño he soñado?», pensé, despertándome confundida e irritada, y me apresuré a buscar el móvil, para apagar la alarma. Hacía algunos meses había comenzado a aplicar la técnica de dejar el móvil con la alarma bastante lejos, lo cual me obligaría a levantarme. Era una técnica irritante, pero funcionaba bastante bien.

Estos sueños de Andrés y Daniel follando entre ellos, y dejándome sola, de un lado, se estaban convirtiendo recurrentes, y aunque siempre era algo bueno ver a tíos guapos desnudos besándose, en este caso no me hacía demasiada gracia.

Además, ¿Por qué había soñado que Andrés me iba a follar? ¿Por qué Andrés y no Daniel? De verdad me encantaría contarle a Andrés sobre todos

estos sueños, pero el problema es explicarle quien era Daniel, creo que eso lo afectaría mucho, por lo que sería mejor aguantarme.

Es extraño, durante mucho tiempo no había deseado a Andrés. La verdad es que, de alguna manera, había olvidado completamente, o, sin siquiera ser consciente de ello, me había forzado por completamente a no desear Andrés sexualmente, o románticamente, tras esa noche en la que hicimos el amor, muy ebrios, pero, con mucha pasión.

La verdad es no había tenido relaciones sexuales con nadie desde aquella noche, hace dos años. Andrés ya salía con Laura, y aquello fue una de las principales razones por las que reaccionamos tan mal después de lo que ocurrió. Laura estaba enferma esa noche, y Andrés tuvo una pequeña discusión con ella por no confiar en él, y terminamos en aquella situación.

Mientras desayunaba, comenzaba a sentir que tal debimos haber sido mucho más honestos con nuestros sentimientos para aquel entonces, y simplemente aprovechar de nuestra falta de conciencia para haber seguido adelante. Pero estas cosas no salen solas, y éramos mucho más jóvenes.

Pero ahora, hoy mismo, iba a salir con Daniel, mi delicioso *personal trainer*, que me había estado haciendo arruinar todas mis grabas con solo existir, y hoy haría lo posible por hacerlo todo mío.

Los sábados entramos más tarde a *Kinda Cool*, con lo que pude comer tranquila mi desayuno en casa, y salir al trabajo más tarde. Pero antes, tenía un mensaje de Andrés qué leer, y la verdad es que estaba completamente aterrada.

Tan pronto como me decidí a abrirlo, comencé a sentir como mi corazón se aceleraba, y la verdad es que pude haberlo dejado allí toda la vida, pero tenía que hacerlo, tenía que leerlo, así que, sin pensarlo ni un segundo más, hice *tap* en aquel mensaje.

«¡Me alegra tanto que finalmente tengáis tiempo de diseñar! Esa es una gran razón por la cual no me apetece demasiado trabajar en agencias, empresas, o lo que sea. Debo admitir que algunas veces resulta un poco estresante buscar clientes. Pero tengo a mi diseñadora estrella, y ya hemos hecho una buena cantidad de proyectos que molan. Como sea, mi propuesta de que iniciemos nuestra propia empresa, o formalicemos nuestro negocio autónomo está completamente en pie. ¡Tu dime cuando, y comenzamos!»

«Ah... Vaya, eso fue un poco inesperado, y la verdad, me entristece un poco saber que no podrás mañana. Para serte sincero, tengo miedo de la razón que puedas darme. Perdóname, no es que no confíe en ti, es todo lo contrario, ¡Es casi que solo puedo confiar en ti! Pero, tengo miedo, ¿Vale? Eso es todo, miedo. Me gustas demasiado Lanita, estoy loco por ti.»

«Yo sé que probablemente no es lo que más quisieras leer, o escuchar, pero así es como me siento. Simplemente quiero dejar claro que no solo estoy loco por ti porque crea que estés buena, y CREO que estás muy buena Lanita, joder, incluso hago más ejercicio ahora, en casa, porque, si alguna vez llegases a querer estar conmigo, tal vez a recordar aquella noche...»

«¡Perdona! El punto es que no es solo algo sexual. Que si, que eres la persona más hermosa y *sexy* que he conocido. Es que, quisiera compartir mi tiempo contigo. Soy muy solitario, lo sabes bien. Pero, me encanta estar contigo. Eres tan divertida, espontánea, pero también tan inteligente. Y cuando hablas de diseño, *jodeer*, mi cerebro siempre se corre al escucharte. Todo eso es importante para mí.»

«Y por supuesto, espero que de alguna forma u otra sientas cosas por mí más allá del amor que nos tenemos como mejores amigos. Cada día, cuando me ejercito, que no es exactamente mi cosa favorita por hacer, me motivo pensando que tal vez algún día iremos a la piscina, a la playa, y pensarás “Vaya, Andrés se ha estado ejercitando. Me gusta como se ve”, joder jajajaja, lo siento, la verdad es que nunca había considerado lo absurdo de esa situación, pero sí que lo creo, sí que lo quiero.»

«Como sea, espero no haber espantado con todo este discurso, pero, te puedo asegurar una cosa, sé lo que quiero. Tal vez no sepa tomar decisiones fuera de lo que tenga que ver con una computadora. Pero si se lo que quiero para mí.»

«Si después de leer todo eso, aún quisiera que pasemos el domingo juntos, yo no podría estar más feliz por tu propuesta. Que me dijeras esto es, ¡Es muy bueno! Eres muy buena Lanita, muchas gracias. Lo que estoy tratando de decir es *SIIIIII*, vamos a pasar el domingo juntos.»

«Ah, eso me recuerda, hace tiempo leí un libro de un escritor japonés, sobre este tío en la universidad. Es un libro muy nostálgico, y he disfrutado cada palabra. Como sea, el tío hacía la colada los domingos, porque los domingos se sentía vacío. Yo los domingos me siento completamente aburrido,

especialmente ahora que estoy más solo, por lo que he comenzado a hacer la colada también, y ni tu ni yo quisiéramos que deje la ropa sucia acumularse más tiempo, ¿Verdad?»

«Joder, como doy vueltas para decir cualquier cosa. Lo que estoy tratando de decirte es que, si no te molesta, puedes venir temprano, te prepararé desayuno, ¡Y té! Y puedes hacerme un poco de compañía mientras lavo la colada. Tengo una súper lavadora, así que si quisieras traer algo para lavar, lo puedes hacer. Madre mía, invitar a la persona que te gusta a hacer la colada el domingo en tu súper lavadora. Eres un conquistador tío, jajajaja.»

«Vale, Lanita. Por favor dime que te parece mi idea. Si hacer la colada suena como una pesadilla, la puedo hacer luego, ¡No pasa nada! Dime si nos veremos el domingo. Esperaré ansioso. Te quiero muchísimo, Lanita.»

Leer el enorme mensaje de Andrés me provocó una mezcla de emociones. «¡Andrés es adorable!», pensé, emocionada, y con muchas ganas de verle y darle un enorme beso en la mejilla. «¿Cómo puede creer que es un desastre para hablar? ¡Si el tío es un genio!», me dije a mi misma, divertida y conmovida por la forma de expresar de Andrés.

Luego, recapacité por un momento. Casi estaba más emocionada por el domingo que por ver a Daniel hoy. No era que esto estuviera mal, objetivamente conozco más a Andrés, por lo cual, en gran parte, es más significativo en mi vida. Pero lo que estaba por ocurrir hoy, lo que había decretado que ocurriría hoy, lo estuve esperando por mucho tiempo, y quería disfrutarlo.

Comenzaba a hacerse tarde, así que me apresuré en escribirle un rápido mensaje a Andrés, para notificarle que nos veríamos mañana. Además, quería desearle un muy buen día.

«¡Buenos días! Sé que estás despierto desde muy temprano, y que ya estarás echando fuego, escribiendo código en tu teclado, jajaja. Voy un poco tarde a *Kinda Cool*, pero quería contarte que estaba aterrada de leer tu mensaje, pero, cuando lo hice, simplemente no pude contenerme, y estar muy feliz de tenerte en mi vida. Eres bueno como nadie, Andrés. Obviamente eso es algo muy positivo, pero ten cuidado, yo misma siento que soy una *stronza*, y una *testa di cazzo*. Perdona, no pude resistirme, ¡Qué palabras tan divertidas!»

«Y *claaaaaaaaaaro* que pasaremos el día juntos, y ¡Por supuesto! Que

quiero hacer la colada. Tío, tu sí sabes lo que una quiere jajajaja, además, sin ninguna clase de vergüenza, llevaré mi ropa, para que quede súper limpia en tu súper lavadora.»

«Luego de hacer la colada existencialista, ya veremos qué hacer. Podrías darme todo el té del mundo, yo sólo digo... ¡Jajajaja! Vale, me voy al curro. Yo también te quiero Andrés, por favor no dudes de ello. Tienes una amiga muy *stronza y testa di cazzo*, pero sí que apreciar lo que tengo. Vale, a veces. *Bye* Andrés, mañana hablaremos mucho más.»

Lo releí una vez, presioné enviar y corrí al coche. Se habían hecho las ocho y treinta ya. No me preocupaba demasiado, los sábados el tráfico por la mañana no es tan terrible, pero tendría que apurarme.

Conduje tan rápido como pude sin generar ninguna catástrofe, y en todo el camino no pude dejar de pensar en Daniel, en como hablaríamos de todo hoy, como finalmente sabría mejor lo que es pasar tiempo a solas con quien me ha traído loca por meses.

«¡Vas a ser mío, músculos de azúcar!», pensé, y sentí que me estaba volviendo completamente loca, pero mi medicina me escribiría a las once, y me daría indicaciones de a dónde nos veríamos.

—¡*Morning* Lana! —Me dijo Isla, la gerente de la agencia, que había venido de Nueva Zelanda.

—¡Buenos días Isla! —Le respondí a mi adorable jefa *Kiwi*.

—¡*Amiiiiiiiiigaaaaa!* —Me saludó efusivamente John, abrazándome desde atrás.

Me cargó y dio una vuelta. Tardé muy poco en entender que era el, y comencé a reírme, y a disfrutar de su peculiar saludo.

—Buenos días, guapetón. —Le dije una vez de nuevo en tierra firme, aun riendo.

—Alguien está de buen humor hoy... —Me dijo, con su tono de insinuar que algo sucedía.

—Trabajo primero, detalles luego. —Le dije, y le guiñé un ojo.

—¡*Aaaah!* Ya veo por donde va todo. —Me dijo John, y me dio una nalgada.

—¡John! —Le dije, seria. Pero no pude contener la risa.

Lo mejor de trabajar los sábados en *Kinda*, aparte de diseñar, que sería algo que estaría haciendo lo mismo si no tuviera que venir a trabajar, es que no había reuniones. Los sábados veníamos a completar cualquier tarea que aún no hubiésemos terminado, así como ayudar otros.

Pero definitivamente no había un sábado donde no tuviéramos nada que hacer. La verdad es que los diseñadores somos un poco *workaholics*, pero es que es un trabajo apasionante.

Pensaba que John no me dejaría tranquila hasta que le contase con lujo de detalle todo lo que había pasado ayer, y por suerte recordé a tiempo que, para John, no había ningún Daniel, sino un *Fabricio*. Sin embargo, tan pronto como John cogió su *tablet* de dibujo, quedó completamente abstraído del mundo, y se dedicó a pulir un par de logos y diseños de camisetas para una banda.

Yo, por mi parte, continué trabajando en la plataforma para la escuela de música. Para ello, tenía que ver algunos videos sobre academias de música. Esta parte del trabajo me encantaba, porque tenía que entender las necesidades de los usuarios. Y la verdad es que no tenía mucha idea de lo que era estudiar música, yo siempre había hecho otras cosas, pero no música, con lo que fue divertido aprender.

—Son la una menos veinte. Trabajé como nunca, y ya he terminado todo lo que un diseñador podría hacer un sábado por la mañana. ¡Exijo historia! —Me dijo John al oído.

—¡Se espera un poco! —Le dije, tratando de sonar decidida, pero sin poder contener la risa.

Terminé de ver un par de vídeos de algunas escuelas de música, y finalmente entendí mucho mejor la utilidad de algo como lo que nuestro cliente nos había pedido. Guardé los archivos, actualicé mi lista de tareas, y apagué el ordenador.

—Ahora sí. Recuerdas a Fabricio, ¿Verdad? —Le pregunté a mi amigo.

—¡Pero por supuesto! Vaya culebrón amiga. ¿Has hecho lo que te sugerí? —Preguntó John, cerrando los ojos, y acariciando su cuerpo con pasión, en referencia a su sugerencia de ayer.

—Tío, ¡Te va a ver todo el mundo! —Le dije, sin poder contener la risa y

mirando a los lados, más entretenida que preocupada—. Lo hice. Vale, no exactamente, la verdad es que no me apetecía gemir en público. Pero me puse ropa un poco más corta, fui más expresiva, a mi manera por supuesto, y... — Le dije, y lo dejé en suspenso por unos segundos.

—¿¡Y qué!? ¡Me va a dar un infarto! —Preguntó John, impaciente.

—Y hoy salgo con Daniel... Con Fabricio, quiero decir. —Le dije, y casi me da un infarto cuando dije el nombre de Daniel.

En aquel momento recordé que tenía el móvil en silencio, para poder concentrarme, y ya había pasado la hora que había acordado Daniel para notificarme en dónde nos veríamos.

—*Amiiiiiga*, ¿Lo ves? ¡Eres una diosa! Solo tenías que dejar claro lo que querías, y lo que tenías que ofrecer —Me dijo John, emocionado.

—Tenías toda la razón. —Le dije, también emocionada, pero nerviosa, debía revisar el móvil. Ahora, voy a arreglarme. —Le dije, poniéndome de pie y estampándole un beso en la mejilla.

—¡Vaya a ponerse guapa! —Me dijo, y me soltó otra nalgada, que nos hizo reír audiblemente.

Me fui al baño con mi bolso, donde llevaba mi ropa, y de inmediato revisé mi móvil. Había dos mensajes, uno de Andrés, y uno de Daniel. Abrí el mensaje de Daniel, que tenía un *link* con el mapa del lugar donde nos encontraríamos, y un texto.

«Hola Lana, espero que estés teniendo un día lleno de energía y vitalidad, ¡Gracias a nuestros entrenamientos!»

«Te dejo la dirección del restaurante donde nos encontraremos. La comida aquí es buenísima, pero además es el único sitio que conozco donde cada plato tiene el valor nutricional y calórico. ¡Anda que no mola eso!»

«Te dejo currar. Estaré a la una, avísame. Un besote.»

Leí su mensaje con el corazón acelerado. Al leer lo último, pensé «Un besote es lo que quiero que me des, joder». Estaba todo listo, así que comencé a arreglarme. Me puse labial negro, que pensé que luciría muy bien, me puse rímel para resaltar las pestañas y me ensombrecí un poco los parpados. Me veía de puta madre.

Me puse el *outfit* que había escogido para el día más especial en mucho tiempo, y salí, un poco nerviosa, del baño. Todos me dijeron que me veía muy guapa, y, por suerte, nadie me preguntó a donde iría. «¡Amo a mis compañeros de trabajo!», pensé, feliz.

Noté que no veía a John por ningún lugar, por lo cual me despedí de todos en la oficina, quienes me dijeron que estaba muy guapa una vez más, le dije *bye* a Isla, la jefa, y salí al estacionamiento.

Allí estaba John, fumando sobre su motocicleta y tomando café.

—Joder John, ¿Cómo haces para verte de película todo el tiempo? —Le pregunté, admirando lo bien que se veía.

—Algunas creen que uno nace hace, pero yo lo he trabajado. —Me dijo, serio, pero, tras darle una calada a su cigarrillo, no pudo contener más la risa, y expulsó la bocanada de humo de una carcajada.

Riendo por la situación, me acerqué a John, quien se quitó sus gafas de pasta para el sol de una forma teatral, como suele ser el, para demostrar su aprobación hacía mi *outfit*.

—¿Qué te parece? —Le pregunté, satisfecha con su expresión.

—*Amiiigaa*, madre mía. ¡Tengo una amiga muy *seeexyyy!* —Exclamó John, verdaderamente emocionado—. Tía, te prometo que si no me encantarán tanto los tíos, y tal vez si tuvieras una polla, te follaría toda. Bueno, si tuvieras una polla, me follarías todo, pero, tía, ¡Estás muy buena joder! —Me dijo, sacudiéndome de los hombros.

Estaba tan emocionada y divertida de su reacción, que simplemente lo abracé y le estampé otro enorme beso, esta vez en su cuello. Luego me despedí, y le pedí que me deseara suerte.

—¡Que te follen rico! ¡Dile que use condón! —Me deseó mi divertido amigo fiel.

«Que ricos deseos. Eso es la verdadera amistad», pensé, riéndome mientras comenzaba a conducir. Cogí el móvil para buscar la dirección de mi *postre*, y me paralicé por un momento, recordando que tenía un mensaje por leer de Andrés.

«Perdóname Andrés, te quiero mucho, pero ahora no es el momento»,

me dije a mi misma, y me sentí como una imbécil, pero pronto recobré el ánimo, al ver que el restaurante *fitness* estaba a solo diez minutos de donde estaba.

Puse algo de música, animada, y comencé a bailar y cantar mientras conducía. Ya las calles estaban llenas de personas. Era un sábado soleado, pero fresco. Perfecto para pasar el día con Daniel, y la noche.

En poco tiempo me encontré justo frente al restaurante, y comencé a sentir mi corazón latir más fuerte, tan pronto como me acercaba. Imaginé que Daniel estaría esperándome adentro, luciendo guapo, y me alegré de mi elección de *outfit*, que parecía adecuado para el lugar.

El restaurante se llamaba *Fitness Gourmet*. «Qué creatividad», me dije a mi misma, sarcástica, mientras estacionaba mi coche. Estoy segura de que mis amigos diseñadores encontrarían muchos defectos en aquel nombre, pero el lugar se veía muy bien, y Daniel probablemente se vería muchísimo mejor.

También pensé que a Andrés encontraría aquel nombre divertido, y probablemente sacaría alguna teoría socio-cultural para explicar cómo esa clase de nombres son perfectos para nuestra generación. Pero, de nuevo, no podía decirle ni una palabra a Andrés sobre aquello.

Entré al restaurante, que estaba bien iluminado, con luz natural. Un mesero se me acercó, y me preguntó si tenía reservación. Le dije que sí, que venía como alguien, pero cuando me disponía a decirle el nombre, escuché a Daniel que me llamaba.

—¡Aquí, Lana! —Me llamó, levantando su mano y sonriendo.

—Allí está mi acompañante. —Le dije al mesero, sonriendo, y pensé que me gustaba como sonaba aquello de acompañante.

Daniel se puso de pie mientras me acercaba, y pude notar que llevaba una camisa bastante... Peculiar. Era una camisa de mallas negra, casi transparente. La verdad es que era bastante inusual, pero no me molestaba en absoluto ver sus enormes pechos, y sus pezones, durante todo el día.

A medida que me acercaba, sentía mi corazón latiendo con mucha velocidad, estaba muy emocionada, pero también aterrada. Cuando estuve frente a él, tomo mi mano y la beso, casi como si estuviera actuando, luego

cogió la silla y la movió para que me sentase. Comenzaba a sentir que me chorreaba.

Daniel olía muy bien, y la verdad es que aquella camisa, aunque inusual, lo hacía ver muy bien. Llevaba unos pantalones oscuros, y unas gafas de pasta, que no sabía que llevaba, pero que incrementaban mi morbo hacia el de forma exponencial.

—Muchas gracias por venir, Lana, la verdad es que he estado muy emocionado. Ayer cuando te vi, vi mucho potencial. ¡Y es que has venido preciosa! Eres una tía muy atractiva. —Me dijo Daniel, muy entusiasmado.

Aquello de *potencial* me dejó helada. «¿Potencial para follarme y dejarme hecha polvo? ¡Tiene que ser eso! ¿Qué más podría ser?», pensé, e inmediatamente sentí como la producción de *antibacterial* incrementaba,

—Qué lindo, Daniel. Muchísimas gracias por tus cumplidos, me dejas sin palabras. —Le dije, probablemente muy roja—. Tu estas guapísimo, vaya camisa. No dejas mucho a la imaginación. —Le dije, intentando calentar la temperatura.

—Muchas gracias a ti. La verdad es que me ha gustado mucho esta camisa, y sabes lo que dicen, hay que ser agradecido con lo que uno tiene. —Dijo, mirándose los pectorales—. Mi camisa hace juego con tus medias. Perdona lo directo, pero me parece que una mujer con medias de malla es de las cosas más atractivas. Es algo que se vende muy bien. —Me dijo, mirándome a los ojos.

No se cómo no me le tiré encima de inmediato, y le puse mis piernas con medias de malla en la cara. Sonreí, tratando de lucir seductora, y le di un toque en su zapato con el mío. No podía entender muy bien aquello de que *se vende muy bien*. Supuse que era algo de su comunidad, se notaba en su acento que no era de aquí.

—¿Quieres decir que te he parecido atractiva? —Me atreví a preguntarle.

—Pero claro, Lana. ¿Cómo puedes dudarlo? Te vistes muy bien, y tienes un cuerpo como pocos. Especialmente ahora es el momento para tu cuerpo, y yo se ver las oportunidades. Uno aprende con el tiempo. —Me dijo, de nuevo viéndose los pectorales.

—Vaya... —Le dije, demostrando una excesiva admiración, mordiéndome un

dedo.

La verdad no entendía exactamente todo lo que me decía, pero entendía que las bragas se me estaban mojando a velocidades increíbles, y, de alguna forma, quería saltarme todas las formalidades de la conversación, ir al postre vaya.

El mesero nos trajo la comida. Daniel ya había ordenado, y aunque usualmente me gustaba pensar un poco más por mí misma, me había parecido atractivo que fuera dominante, pues, para lo que lo quería, esto era lo mejor.

—Buen provecho, Lana. Estoy seguro de que te va a encantar. —Me dijo Daniel, sonriente.

—Vaya, se ve todo muy bueno. ¡Buen provecho! —Le dije, cortando el pollo.

La verdad es que todo tenía muy buena pinta. Era un pollo, con una salsa que Daniel me dijo que era tan sana como sabrosa. Además de la ensalada, y un pan, que Daniel también se aseguró de explicarme que era de completamente “seguro” comerlo.

La comida si estaba muy buena, pero me avergonzaba un poco demostrar mi apetito. Hasta que vi a Daniel comer el pollo con las manos, lo cual me animó a relajarme, y al menos disfrutar de mi comida *fitness gourmet*. «Con esta sazón, se les perdona el nombre», pensé, divertida.

—¿Y bien? —Me preguntó Daniel, viéndome comer.

—Muy muy bueno. —Admití, limpiándome los labios—. ¿De verdad todo esto es tan saludable como dicen?

—¡Ciento por ciento saludable! No sé qué harían mis músculos sin este restaurante. —Me dijo, y poso, presionando sus bíceps, lo cual me hizo babearme.

—Que fortuna tener este restaurante, sería un mundo muy triste sin tu increíble cuerpo. —Le dije, completamente absorta entre la comida y el postre, que era Daniel.

Andrés me guiñó el ojo y me mostró una vez su enorme bíceps, yo estaba complacida. Luego de esto, comenzamos a hablar un poco más de cosas personales, y finalmente la producción de *antibacterial* se detuvo por un momento, y pude conocer un poco más de Daniel.

—Yo nací y he vivido toda mi vida aquí. —Le conté a Daniel—. Siempre he tenido un espíritu viajero, y las ganas de conocer el mundo, pero, no lo sé, creo que al final de cuentas lo que más me gusta hacer es lo que hago, y eso lo puedo hacer donde quiera. —Continué.

—Que apasionada, Lana. Yo también me siento así. —Me dijo, con rostro de admiración, pero nada excesivo—. Sí, yo perdí a mis padres cuando era muy niño. Estaba devastado, Lana, es algo que no le deseo a nadie.

—Oh no, Daniel, lo siento mucho. —Le dije y le toqué la mano, pero la regresé, no me atreví a mantenerla allí.

—Gracias. Por suerte, mi hermano siempre estuvo conmigo, y nuestro tío, el hermano de nuestra madre, nos crio. El dinero no nos sobraba, pero si nos quería. Nunca pudo tener hijos, tampoco tenía esposa, solo trabajaba. Pronto mi hermano y yo encontramos nuestros caminos. Él juega fútbol, se fue a Suramérica. Yo crecí en el gimnasio, nunca perdí el amor por el ejercicio. Es un poco lo contrario, cada año lo amo más, cada año estoy más conforme con mi apariencia. —Me dijo, animándose cuando comenzó a hablar del gimnasio.

—Ni siquiera lo imaginaba. Vaya, eres muy fuerte, digo, claro que lo eres, ¡Mírate! Pero, emocionalmente, vaya golpe has tenido que enfrentar, y aquí estás. —Le dije, esta vez con admiración completamente real.

Daniel parecía encantado con mi admiración. Me sonrió, y volvió a mirarse los pectorales por encima de su curiosa camisa de malla. Ahora, entendiendo más de él, de cómo ha llegado a verse como se ve, estaba aún más fascinada por Daniel. Me conmovía y me mojaba en partes iguales... Vale, más o menos iguales.

—En principio, lo más difícil fue el dinero. Uno pensaría que verse así. —Dijo, e hizo mover los pectorales—. Es un pasaporte directo a la fama y a la fortuna, pero definitivamente no lo es. Por suerte, estoy enamorado de enseñar, especial a mujeres como tú, guapas, y dedicadas. Pero lo de enseñar es más como un medio, lo que quiero realmente es algo más, por ello te he invitado, Lana.

Cuando me dijo aquello, pensé que tendría un orgasmo allí mismo. No podía estarse refiriendo a otra cosa. Si le gustaba enseñar a personas como yo, si yo era una alumna a quien él estaba complacido de enseñar, pero enseñar no era suficiente, entonces, la respuesta era clara. Follarme es lo que quería. De

nuevo, tuve que hacer un enorme esfuerzo para no tirármele encima.

—Ya veo, Dani. Y vaya, muchas gracias por tu cumplido, me haces sentir muy bien. —Le dije, jugando con mi cabello, tratando de parecer adorable—. ¿A qué te refieres con que enseñar sea más un medio? —Le pregunté, con muchas expectativas.

—Bueno, creo que es una excelente forma de verlo. Sabes, yo con enseñar estoy complacido, pero, hay veces en las que tienes una alumna que no te puedes sacar de la cabeza, que sientes que tienes que ver, más allá de las clases, que sientes que merece la atención, y que, además, también estará interesada. Esto último es fundamental. —Me explicó Daniel, con pasión.

«No podía estar hablando de otra cosa, hoy follo», pensé, decidida.

—Creo que entiendo perfectamente. —Le dije, apenas conteniendo mi emoción—. Y vaya que tienes una gran visión, definitivamente te ha venido de la experiencia. Claro que estoy interesada, lo he estado desde la primera vez que te vi. —Le dije, cada vez más confiada.

—La experiencia te ayuda a reconocer las buenas oportunidades. —Me dijo Daniel, satisfecho, viendo su reflejo con la pantalla de su móvil apagado.

Daniel pidió la cuenta, le sugerí que yo pagaba, o que pagásemos la mitad cada uno, pero se negó rotundamente. Pagó la cuenta, intercambió algunas palabras con las personas de la cocina, me preguntó cómo había llegado, y le dije que tenía coche. Dijo que él había llegado en taxi.

Por supuesto, no dude ni un segundo, le dije que fuéramos juntos, aunque tenía miedo de que me nuestro encuentro se acabase allí. Por suerte, me dijo que me indicaría un sitio donde podríamos tomar unas copas, y dijo algo que me hizo mojarme un poco más, dijo, “vamos a tomar algunas copas para concretar algunas cosas, luego podemos ir a mi casa”.

Daniel elevó su brazo para que yo pudiera tomarlo, y así caminamos al estacionamiento. Yo estaba muriendo cuando sentí el enorme brazo de mi *personal trainer*, quien dentro de muy poco tiempo se convertiría en mi postre. Lo tomé con mis dos manos, y me acerqué a él. Daniel continuaba mirando hacia adelante, guiándome, aunque no supiera donde estaba mi coche.

—¿Hacia dónde? —Me preguntó Daniel, decidido.

—Venga, por aquí. —Le dije, y lo guie hacia mi coche.

Llegamos hasta la puerta del conductor y se aseguró de abrirme la puerta, y pensé que no podía esperar que me abriera otras puertas. Luego, se dirigió al asiento del copiloto, y en el trayecto, di una rápida inspección en el coche, a ver si todo estaba bien.

En efecto, estaba bien, y Daniel se aseguró de hacerlo notar, al decir que mi coche estaba ordenado y olí bien. Me dijo que los coches dicen mucho de sus dueños, y que, el mío, decía cosas muy buenas de mí. «Si supiera lo que hice aquí el otro día», pensé, entre divertida y apenada.

—Venga, el bar está cerca de aquí. —Me dijo mientras encendía el coche.

Salimos a la calle, y Daniel permanecía muy atento, mirando a todas partes, como si no supiera realmente a dónde íbamos. Me indicaba que cruzara aquí y allá, pero no parecía nada seguro. Sin embargo, en un momento vio un bar y me indicó que me detuviera allí.

—Te encantará este bar. —Me dijo Daniel, abriéndome la puerta.

—Confío plenamente. —Le dije, tomando su enorme brazo.

El bar se llamaba *Dolor y Ganancia*, y mostraba una pesa iluminada con neón. «Comienzo a ver el patrón aquí», pensé, más fascinada que divertida. Daniel me guio, y me abrió la puerta al bar, que estaba cubierta de vidrios más oscuros que los de mi coche.

Nos dirigimos a una mesa, y un mesero se apresuró en dejarnos un plato con frutos secos, y Daniel me indicó que esa era una razón por la cual le gustaba ir allí, los frutos secos son realmente buenos para los músculos.

Yo lo miré con una expresión de no haber escuchado jamás lo que me decía sobre los frutos secos, y comí almendras, para que supiera lo mucho que apreciaba lo que me decía.

Daniel me dijo que el vino era lo mejor, que ayudaba a mantenernos jóvenes, gracias a las propiedades de las uvas, y que en general era una bebida baja en calorías. Me alegré de que pidiera vino, es una de las bebidas que más disfruto además del té.

Duramos dos horas en el bar. Habíamos entrado a las tres y treinta, y la cosa estuvo mucho más apagada, de lo que habría esperado, pero fue agradable. Daniel me habló durante casi una hora de todo lo que sabía de *fitness*, de cómo había conseguido aumentar la masa muscular de sus

pantorrillas un veinte por ciento en tan solo dos meses, y, por supuesto, no dudo en levantarse el pantalón y dejarme tocar. No hay mucha sorpresa en lo que me paso tras hacerlo.

Por mi parte, le hablé del diseño, le conté sobre los diez principios del buen diseño según un célebre diseñador industrial alemán, y me sentí como una completa *friki*. Pero, Daniel parecía satisfecho, y me dio una teoría sobre el buen diseño de un cuerpo perfecto.

—¿Vamos a casa? La habitación te va a encantar. Y la cama es una pasada, tendrás que probarla por ti misma. —Sugirió mi entrenador azucarado, terminándose su última copa de vino.

Cuando mencionó su habitación, y su cama, inmediatamente sentí la reacción de todo mi cuerpo. «Esto está por ocurrir, haremos un desastre en su cama», pensé, y sentí un cosquilleo en mi cara.

—Será un placer probarla, pero, me ayudarás a disfrutarla, ¿Verdad? —Me atreví a preguntarle, y sentí mi corazón acelerarse.

—Claro Lana, esa es la idea. —Me dijo, sonriendo.

—Vale... Estoy un poco nerviosa, pero muy emocionada. —Confesé, esperando que me dijera algo que subiera un poco la temperatura.

—A todos nos pasa, querida. Tranquila. —Me dijo, acariciándome la mano—. Te haré sentir como en casa en un momento. Uno se olvida de todo, y lo comienza a sentir todo mejor, más rico. —Me aseguró Daniel, haciendo énfasis en la palabra *rico*.

Al decir esto, volví a sentir que me pulsaba la entrepierna. Habría querido que me comiera en aquella mesa. Además, ya estaba un poco ebria, era un vino barato, pero efectivo, la verdad es que no estaba nada mal. Estaba completamente lista para horas de placer.

—Muchas gracias, Daniel. No sabes cuánto deseo hacer esto, de una vez. —Le confesé, completamente decidida, y sintiendo como se me agotaba la paciencia.

—Perfecto Lana, era lo que quería escuchar. Hemos tomado más confianza, nos hemos puesto un poco más contentos con *buen* vino y nuestro cuerpo sigue estando perfecto. —Enumeró Daniel, haciendo mover los pectorales. Gesto que pude ver a la perfección gracias a su peculiar camisa de mallas—. Vamos

a casa. Está a veinte minutos de aquí, pero llegaremos en un dos por tres.

—Vaya, que calculador. —Le dije, admirada como si estuviese hablando con un físico célebre—. Soy una chica con mucha suerte. —Le dije, tratando de sonar encantadora, mientras me enrulaba un pequeño mechón.

—Lo somos, Lana. —Me dijo Daniel, dándome nuevamente el brazo para que lo tomase, tras pagar la cuenta el solo una vez más, en un tomo casi de drama.

Cogí su brazo, y la sensación de gloria fue tan novedosa como hace algunas horas, cuando lo cogí la primera vez. «Vaya bíceps tienes Daniel. Debes estar orgulloso», le dije esta vez, a lo que respondió con una sonrisa de satisfacción, y presionando todos los músculos de sus brazos. Parecía tener músculos en sus músculos.

Fuimos al coche, una vez más Daniel se apresuró a abrirme la puerta, y fue a la del copiloto. «Puedo acostumbrarme perfectamente a esto», pensé, completamente emocionada, y un poco nerviosa.

—¿Me indicas a dónde vamos? —Le pregunté, inocente, queriendo ser protegida, ordenada.

—Claro. —Me dijo, y puso su mano sobre mi pierna, descubierta gracias a la falda—. Vamos, por aquí. —Me dijo, comenzando a darme indicaciones, mientras acariciaba mi muslo.

En el camino no hablamos, Daniel encendió la radio y, al mismo tiempo, continuaba acariciándome la pierna, lo cual me hacía presionar mis dos piernas, sintiendo pulsaciones, y sabiendo muy bien qué me estaba chorreando. Quería que Daniel me quitase la braga allí mismo.

Estaba desesperada. Los nervios casi se habían convertido en ansiedad, y estaba muy cachonda. Ya quería que todo ocurriese, quería poner el *antibacterial* en uso, quería besar, quería ser besada, que me mordieran, quería mi *postre*, y quería ser *postre* también.

Tras veinte minutos exactos, entre placer producido por sus caricias casi inocentes, casi sin intención, Daniel me indicó que habíamos llegado. Daban casi las seis de la tarde, y Daniel me dijo que me estacionara frente a una casa, pequeña, pero bien cuidada, con arbustos afuera. Parecía un barrio decente, probablemente no el más rico, pero me gustaba el ambiente que se respiraba allí.

Daniel se bajó y me abrió la puerta, y esta vez tomó mi mano. No estaba preparada para aquel gesto, por lo cual me derretí mientras tomaba su mano, y era guiada a aquella pequeña pero linda casa.

—Bienvenida a la mansión. —Me dijo Daniel, y pude ver el orgullo en su rostro, lo cual me alegró.

—Esto es muy emocionante. —Le dije, estrechando su mano, que sostenía la mía.

—Vamos, es hora. —Me dijo, y me acarició una nalga mientras abría la puerta de su casa.

Aquel gesto, tan sutil, realmente hizo subir la temperatura en mí. Apenas Daniel cerró la puerta detrás de nosotros, me atreví a dar otro paso. Lo cogí por las muñecas, y moví sus manos hasta mi cintura, y rodeé sus costillas en sus manos, para que hiciera el resto.

Daniel me acarició el culo por encima de la falda, primero con calma, con relativa timidez, sin quitarme su expresión confiada de mis ojos. Me hipnotizaba con su mirada, y me derretía con el movimiento de sus manos, el cual se hizo cada vez rápido, más detallado.

Gracias a mi contextura, de *gordibuena*, como dirían algunos, tenía muy buenas nalgas, y gracias al ejercicio, y al entrenamiento de quien en este momento disfrutaba de su resultado, estaban fuertes.

—Creo que he hecho un muy buen trabajo entrenándote. —Dijo Andrés, riendo, orgulloso de sus resultados.

—Estoy más que satisfecha con el resultado, por eso quería mostrarte mi agradecimiento de esta forma, *ah*. —Le dije, cachonda, cada vez más confiada, y solté un pequeño gemido al final.

—Besa mis pectorales. —Me dijo, quitándose la camisa, y los hizo bailar rápidamente, lo cual me hizo babearme.

Comencé a lamerlos con pasión. Esa piel bronceada y tersa, que sabía a gloria, y estaba dura como una barra de chocolate congelada. Le lamí los pezones como si hubiera dulce en ellos, y la verdad es que, para mí, en ese momento, aquellos músculos estaban hechos de azúcar.

Daniel no se contuvo, parece que, a diferencia de muchos hombres, los

pezones eran su zona erógena, y me hizo saber lo mucho que lo disfrutaba con gemidos muy ricos y profundos como su voz, que hacían vibrar su pecho, lo cual sentía con mis labios y mi lengua.

—Eres delicioso, Daniel. —Le dije, jadeando, extasiada.

—Venga, quiero más de ti, estás muy deseable. —Me dijo, deshaciéndose de mi pequeña blusa como un animal desesperado.

Cuando me vi a mi misma despojada de mi blusa, con solo mi pequeño sujetador sin relleno, sentí más pulsaciones en el coño. Finalmente podía enseñarle más de mi cuerpo a Daniel, quien parecía desear verlo.

—*Uf*, que maravilla, Lana. No tienes idea de lo difícil que ha sido para mí no decirte guarradas cuando te entreno. Debo ser profesional. —Admitió, trasladando sus manos de mi culo a mis tetas, las cuales estrujaba, emocionado.

—De... *aahh*, ¿De verdad? *Ah*. —Le pregunté, apenas siendo capaz de pronunciar palabras sin gemir—. ¿Qué te hizo... *uf*... cambiar de opinión? —Le pregunté, disfrutando de su tacto.

—Tu cuerpo, Lana. Necesitaba ver el fruto de mi trabajo. Eres una tía diferente, te has esforzado mucho, estoy orgulloso. —Me dijo, deshaciéndose de mi sujetador.

La cara de Daniel se iluminó al ver mis tetas, de buen tamaño y pezones muy grandes y rojos finalmente descubiertas, y no dudo en presionarme los pezones suavemente con sus dedos índices y pulgares, lo cual me hizo retorcerme.

—*AHH*, así, ¡*siii!*. —Exclamando de placer, apenas pudiendo mantenerme de pie.

Sin preverlo, Daniel me cargó con sus enormes músculos, y me sentí como si el hombre de acero me llevara a dar un paseo por el aire. No me hizo un recorrido por su casa, la cual en aquel momento apenas podía detallar. Solo veía el cuerpo de mi *personal trainer*, quien ahora era mi juguete sexual personal.

Entramos a una gran habitación, y me dejó con cuidado sobre una enorme cama, la cual asumí que era la cama que me había asegurado que disfrutaría. Una vez me dejó allí, aprovechó de quitarme la falda sin ningún

aviso previo, y quedé tan solo en bragas, con mis medias de malla, y mis tacones.

—Te voy a follar como si no hubiera mañana, estás muy deseable. —Me dijo, deshaciéndose de sus pantalones, e incorporándose a la cama conmigo.

En el momento en que Andrés, ahora solo con sus calzoncillos, que la verdad eran más unas tangas, muy ajustadas, que hicieron llorar a mi coño de deseo; me di cuenta de que había muchos espejos alrededor de las paredes y el techo de la habitación.

Daniel se acostó encima de mí, y aquel contacto de ese cuerpo musculoso, duro como una roca, dulce como un bombón, fue demasiado para mí. Pensé que me correría con tan solo tenerlo allí.

Pero mi entrenador no tardó ni un segundo en aliviar mi deseo de meses. Me sacó las bragas, completamente empapadas, las olió, y pude notar que se veía en los múltiples espejos, con evidente placer, mientras olía el producto de su dedicación.

Estaba completamente empapada, y Daniel lo sabía bien, pero aún ni siquiera me había tocado. En su lugar, me pidió que le bajase los calzoncillos pequeños, que parecían más una estrecha carpa, con la enorme erección que tenía.

Mientras le bajaba los calzoncillos, disfrutando cada segundo, casi sentía que me encontraba en un sueño. Había deseado esto durante tanto tiempo. Daniel se miraba en los espejos, especialmente en los del techo, sonriendo, completamente excitado al verse en aquellas condiciones.

Cuando comenzaba a descubrir su polla, dura como el resto de sus músculos, esta reboto por el impulso que había tomado mientras le bajaba los calzoncillos, lo cual me hizo ver como bajaba una espesa gota de líquido transparente, y me deshice al pensar que aquello se iba a mezclar con mi propio líquido. Daniel continuaba disfrutando el espectáculo de su propio cuerpo en los espejos.

—Lana, hace años he decidido que no quiero tener hijos, así que me he hecho una vasectomía. Te la voy a meter sin más. —Me dijo, y vi como su polla, completamente recta, se acercaba directo a mi coño.

Iba a decir alguna cosa, pero cuando iba a pronunciar las primeras

letras, su glande se deslizo sin ningún problema dentro de mi coño, que, fuera de mi masturbación desenfrenada, por quien ahora me follaba, no había recibido ningún tipo de amor en dos años.

—¡AHHHHHHHHHHH! —Gemí en un enorme grito. Sintiendo como mi coño, completamente inundado, rodeaba perfectamente la polla de Daniel.

—Y uno, y dos, y tres. Vamos, y uno, y dos, y tres. —Contaba Daniel, tal y como cuando hacía algún ejercicio. Con expresión decidida, y velocidad implacable, y su respiración agitada.

—¡Ah, ah, ah! —Era lo único que alcanzaba a decir.

—¡Y uno, y dos, y tres! —Decía Daniel, encima de mí, sostenido en sus enormes brazos, tensados, y cada vez más rojo.

Realizó su cuenta unas diez veces más, hasta que sentí como mi visión se nublaba por completo, y no podía contener más la presión en el coño. Me retorcí de placer, y Daniel retiró la polla, con lo cual, comencé a expulsar mucho líquido, transparente como el agua, pero tibio.

Al ver esto, Daniel metió la cara, casi como si viera agua en un desierto, y, tan pronto como el *squirt* se detuvo, me hizo ponerme de perrito, aunque yo estaba muerta, jadeante, y sin poder creer el sueño que estaba cumpliendo.

En aquella posición, mi coño se encontraba más estrecho, pero a Daniel no le importo. Me la metió, con cuidado, viendo mi expresión desde el espejo, y al principio dolió un poco, pero al retomar su cuenta, y al ver en el espejo el ejemplar que me estaba follando entera, me relajé otra vez, y mis gemidos se reanudaron.

A los dos minutos, escuché a Daniel dar un enorme grito, como los que daban los levantadores de pesas al levantar su objetivo. Y sentí un enorme disparo, espeso, que me lleno el coño, lo cual me hizo gritar, casi tan fuerte como Daniel.

—Ah, ah. Nunca se había corrido en mi coño. ¡Se siente muy *bieeeen!* —Le dije, emocionada y sintiéndome muy cerca de correrme por segunda vez.

—Solo lo mejor para ti. —Me dijo Daniel, brillante de sudor, y notablemente agotado, pero sin parar de metérmela, incluso habiéndose corrido.

Su polla había disminuido de grosor tras correrse dentro de mí, pero continuó follándome sin parar, y en un minuto la tenía dura como antes. Ya no hacía su cuenta, simplemente jadeaba, gritaba.

—Venga, venga, venga. —Me dijo, apretándome las nalgas con fuerza, lo cual me enloqueció.

Me corrí una vez más, y caí, pero volví a adoptar la posición en la que estaba, y le rogué a Daniel que me la metiera otra vez, a lo cual obedeció, y de inmediato estuvimos de vuelta en acción.

Daniel se corrió otra vez, y sentía la mezcla de líquido preseminal y de semen. Estábamos hechos un desastre, y aquella sensación me puso aún más cachonda, con lo cual, me corrí una vez más, esta vez en un orgasmo menos intenso, pero igual de rico que los demás.

Tras esto, quedamos completamente muertos, echados en la cama. Daniel me pidió que me acostase boca arriba, con lo cual se incorporó encima de mí, y me besó con pasión, mientras se aseguraba de tocarme por todas partes.

Daniel llevaba dos, y yo tres, y siempre he sido una defensora de la justicia y la igualdad, con lo cual, le pedí Daniel que se relajase, que era mi turno de comer postre. Me acosté boca abajo, tomé su polla, con el glande un poco hinchado y rojo, y se la chupé, con *dulzura*, con deseo, hasta que llenó mi boca de su *sirope*, mucho más poco que las primeras dos veces, y me aseguré de que Daniel presenciara como me lo tragaba todo.

Fue una sesión intensa. En total, conté seis orgasmos para cada uno. La idea eran diez, pero no podíamos con nosotros mismos, quedando completamente dormidos en la enorme cama, sin abrazarnos, cada uno en su lugar.

Tras aquello, la cama quedó hecha un desastre, y aún podía sentir el roce de la polla de Daniel, entrando y saliendo de mi coño, a veces suave, a veces muy duro, y siempre completamente mojados.

Comenzamos a follar temprano, con lo cual, a las once y media de la noche habíamos quedado rendidos. Desperté en medio de la noche, sabiendo muy bien todo lo que había pasado, y completamente satisfecha. Vi a Daniel, perfecto y desnudo, le lamí los pezones con cuidado, me vestí con cuidado, y me fui a mi casa.

Aquella noche dormí como una bebé. No tuve ninguna pesadilla extraña, no me arrepentí de nada, y desperté como nueva, feliz y emocionada por un nuevo día, habiendo finalmente satisfecho uno de los mayores deseos que había tenido durante toda mi vida. Creo que nunca había deseado tanto un dulce en mi vida, como había deseado los músculos de Daniel.

Sin embargo, tras aquello, no deseé más a Daniel, y lo primero que hice fue eliminar mi enorme galería de fotos de Daniel. Mi fantasía estaba más que cumplida, por lo que finalmente podría pensar en otras cosas, pensar un poco en el futuro.

Tras aquello, llamé a Andrés, quien me dijo que fuera a su casa, y me que prepararía un nutritivo desayuno de cereal con leche. Le dije que iría de inmediato, me lavé los dientes, guardé la ropa de la colada en un bolso, y fui a casa de mi amigo.

Fue un domingo divertido, y finalmente pude pasar un día divertido con Andrés. Hicimos la colada existencialista, almorzamos, vimos películas, y en la noche, nos besamos, fue un beso dulce, aquellos que le das a tu pareja antes de que se vaya a casa.

Al día siguiente, fui al gimnasio, Daniel y yo no hicimos referencia a la deliciosa noche que pasamos juntos, y le informé que no continuaría entrenando con él, lo cual no refuto, y nos despedimos con un abrazo.

No hubo razones específicas para no ver a Daniel nunca más, o para no repetir aquella sesión de placer intenso. Simplemente había deseado tanto que aquello ocurriese, que de alguna forma no había prestado atención a nada más en meses, y ahora que había satisfecho aquel deseo, sentía que podía seguir adelante.

Aquellos músculos de azúcar no solo me dieron placer, me enseñaron mucho más sobre mi vida. Y, ahora mismo, sabía lo que debía hacer, debía llamar a Andrés, y terminar lo que empezamos hace tantos años.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

*[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

*[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para

que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y

todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.